

# Históricas Digital

“Tercera parte”

p. 183-242

Nicolás Pizarro

*Obras II. El monedero*

Carlos Illades y Adriana Sandoval  
(edición, recopilación y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Coordinación de Humanidades  
Instituto de Investigaciones Filológicas

2005

616 p.

Texto

(Nueva Biblioteca Mexicana 154)

ISBN (pasta dura) 970-32-3204-3

ISBN (rústica) 970-32-3205-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii\\_monedero.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## TERCERA PARTE





## 1. EL PUENTE DE DIOS

Era una tarde de otoño, la tempestad bañaba las escabrosas serranías que tiene el camino de Taxco para llegar al paso del Río Huajintlán, y el rayo, hiriendo las rocas volcánicas que obstruyen fuerza del huracán, era tan grande y la obscuridad que producía tan densa, que una caravana que a la sazón pasaba por aquella serranía, dirigiéndose a Cuernavaca, perdió el camino, descarriándose los viajeros por diferentes lados. Uno de ellos, después de errar en varias direcciones, atravesando algunas quebradas y precipicios, llegó felizmente algo disminuida la tempestad, a una meseta casi plana, de una grande extensión, especialmente de norte a sur, que no parecía contener pueblo alguno.

El viajero tenía como una idea fija llegar al paso del río que había dejado a la derecha, y por tanto creía que caminando al sur llegaría a encontrarle, por lo que dirigió hacia este punto un arrogante caballo retinto en que venía montado, el que a pesar de los esfuerzos que había hecho para salvar a su amo en aquella penosa travesía, no daba señales de cansancio.

El viajero dejó el llano, siguió una pendiente barrosa y resbaladiza por la mucha agua que cala, continuando después algunos senderos que al ocaso solía distinguir, muy quebrados, llenos de esas piedras blancas y azules de formación plutónica, que tanto abundan en las cañadas de nuestra tierra caliente.

—¡Oh, Dios mío!, dijo con inquietud, ¿Dónde estoy? sin duda me he vuelto a extraviar, porque aquí no hay señales de camino alguno, y si llega la noche sin haber salido de este laberinto, isoy perdido! ¿Qué habrá sido de mis compañeros?

El viajero se hallaba en aquellos momentos sin saberlo en el Puente de Dios, y sobre la Gruta de Cacahuamilpa, dos maravillosas creaciones de nuestro suelo, que no tienen igual en el mundo.

El Puente de Dios es la última prolongación de una planicie, medianamente elevada y en declive que corre hacia el sur, probablemente



desde la falda del Nevado de Toluca, en una extensión como de veinte leguas, y que en su trayecto ha sufrido infinidad de quebradas en la misma dirección, a las que varios ríos más o menos caudalosos se han encargado de profundizar, en un trabajo continuado por muchos siglos.

Estos ríos, desde el pintoresco Salto de Tenancingo hasta el torrente llamado de Pregones, que baja del cerro Huisteco, cerca de Taxco, van sucesivamente confundiendo sus aguas hasta formar dos grandes masas, la una en la barranca de San Jerónimo, la otra cerca del pueblo de Chontalcuatlán, separadas únicamente por la parte alta del llano de que hemos hablado.

Estos dos caudalosos ríos llegan a perderse, porque sin exageración alguna se los traga la tierra, y caminan ocultos, el de San Jerónimo como unas dos leguas, y el otro todavía mayor extensión de terreno, porque se hunde primero para salir después los dos en un paraje que se llama “Las Bocas”, en dos corrientes tan cercanas una de otra, que a muy poca distancia confluyen, formando el caudaloso Huajintlán que no puede vadearse, y que se pasa en balsas aun en tiempo de secas.

Viniendo de Taxco por Acuitlapam<sup>1</sup> se divisan hacia la izquierda las dos bocas o narices despidiendo enormes cantidades de agua, y viniendo de Zacualpam por “El Mogote”<sup>2</sup> pasa el caminante entre los dos Sumideros, terribles Aquerontes que absorben por un lado, como hemos indicado, el caudaloso río de Chontalcuatlán, y por otro el no menos considerable de San Jerónimo.

Réstanos añadir que sobre este Puente de Dios está el pueblo de Cacahuamilpa, que se ha hecho famoso por la gruta del mismo nombre que tiene a muy corta distancia, cuya existencia no han revelado los indígenas sino hasta el año de 1835...

El viajero estaba a punto de contramarchar a la tierra plana que antes había dejado, abandonando la idea de llegar al paso del río, cuando acertó a divisar un grupo de árboles que sobresalían en un recodo formado por varias colinas, hacia donde dirigió su caballo, con la esperanza de hallar algún abrigo. Conforme fue acercándose, pudo distinguir una casita en la que se resolvió a pedir posada. A la entrada

<sup>1</sup> Significa “más allá del agua” y en efecto yendo para dicho pueblo se le encuentra en una elevación después de los ríos. Los indígenas pronuncian Acuitlapam acentuando la tercera sílaba. [Nota del autor.]

<sup>2</sup> “El Mogote” no es más que una mala posada de arrieros; se ha hecho célebre por un árbol magnífico, bajo cuya sombra según asegura la tradición, colocó Pedro Ascencio [de Alquiciras], tercer jefe de la Independencia, seiscientos caballos. [Nota del autor.]

de aquel rústico albergue vio algunos corpulentos aguacates, cuyo espeso follaje cubría la casita resguardándole de la lluvia, y de cuyo tronco estaban atadas unas vacas.

El viajero luego que estuvo cerca de la casita comenzó a dar voces, y salió de ella corriendo un muchacho que con cierta alegría iba a tomar la rienda del caballo; pero luego que desconoció al jinete desapareció. En seguida salió una anciana de tez morena, facciones gruesas y mal gesto, vestida de enaguas azules y camisa blanca que dejaba ver los brazos y parte del pecho, quien con voz destemplada preguntó al viajero, ¿qué buscaba?

Éste, como la lluvia continuaba, le suplicó que por un momento le permitiera descansar porque se había extraviado, añadiendo que pagaría al que le sirviese de guía. La vieja alzó los hombros diciendo:

—¡Aquí yo sola vivo con mi sobrino, y señaló al muchacho que estaba ya a su lado contemplando al viajero con estúpida admiración; y no ha [y] ningún hombre que pueda salir al camino!

El viajero suplicó entonces lo diese posada por aquella noche, a lo que contestó secamente la anciana que allí no podía quedarse. A este tiempo habían salido de la misma casita una joven cubierta con un rebozo fino, y un hombre muy alto que se quitó de la cabeza un sombrero de palma que traía puesto, y teniéndolo en la mano impedía que la joven se mojase, porque continuaba lloviendo. Ésta habló algunas palabras en mexicano a la anciana y el viajero, oyendo aquel idioma, reiteró en el mismo su súplica.

La joven dulcemente sorprendida de oír al pasajero que la hablaba así, respondió con inimitable candor, y con la delicadeza tan natural en el idioma azteca.

—Esta noche descansaréis aquí, yo le diré a mi padre si viniere que sois buen caminante, y tendrá mucho gusto en veros.

La anciana le dirigía miradas muy inquietas y como de reconvencción, mientras el hombre alto que no comprendía el mexicano, estaba admirado; pero la joven hizo seña al muchacho para que tomase el caballo, e invitó al viajero para que pasase a guarecerse del agua bajo una especie de portalito que tenía la casa, en frente de una huerta de mediana extensión. Allí se sentaron en unos bancos de madera, el pasajero y el hombre del sombrero de paja, después de que aquél se quitó el zarape que estaba empapado, y sacudió las chaparreras y el sombrero. Entre tanto la joven fue a ver a la anciana con objeto de que preparase alguna merienda, lo que inmediatamente comenzó a

cumplirse, a juzgar por el ruido del *metate*,<sup>3</sup> y según el empeño que mostraba el muchacho después de desensillar el caballo, por ordeñar una de las vacas.

El viajero que no había tenido tiempo de fijar su atención en el hombre que salió con la joven, por la grata sorpresa que la hermosura y amabilidad de ésta le habían causado, habiéndose quedado en el portalito solo con él tuvo que dirigirle la palabra:

—No sé qué hubiera sido de mí, le dijo, procurando al mismo tiempo examinarle con la vista, si no hubiese logrado llegar a esta casa, porque he perdido completamente el camino, sin saber qué ha sucedido con mis compañeros: ¿está cerca de aquí el Paso del Huajintlán?

Su interlocutor, sin mostrar la menor curiosidad, contestó muy tranquilamente:

—No sé: aquí sin duda le ha traído a usted un mal espíritu; ¿cree usted en los malos espíritus?

El viajero frunció las cejas, lleno de sorpresa, y no contestó, sospechando que tenía que habérselas con un loco, ya por lo inesperado de la pregunta, como porque la persona que la hacía tenía unos terribles ojos verdes saltones, de una expresión particular, casi estática.

—Le pregunto a usted ¿sí cree en los malos espíritus?

—No.

—¿No cree usted en los malos espíritus?

—¡En los malos!, replicó el viajero, llamando en su auxilio todos sus recuerdos, porque la pregunta del que creía loco empezaba a serle embarazosa ien los malos espíritus, no!

—Y cuando va usted en un camino y rueda desde alguna altura una piedra que viene a matar su caballo, o a herir a usted ¿quién desprende esa piedra, Dios o el Diablo? ¿Y cuando sale usted con ánimo de hacer una buena acción y encuentra usted inesperadamente a su paso algo que le desvía y lo hace cometer una cosa mala, quién le puso a usted este obstáculo, el principio del bien, o el principio del mal?

El viajero, envuelto en este terrible laberinto metafísico, atacado tan de improviso por un hombre cuyo poder en la argumentación le parecía irresistible, vio con júbilo que volvía la joven a reunirse con ellos diciendo muy alegremente y dirigiéndose al mismo.

—No tarda la tía Antonia en traer alguna cosa para merendar...

<sup>3</sup> Es una piedra en forma de plano inclinado, que tiene tres pies en que recarga y sirve para moler el maíz. [Nota del autor.]

El de los argumentos interrumpió:

—Oye, María; como este señor estará muy poco tiempo con nosotros probablemente, pues ya la tarde empieza a aclarar y pasará muchísimo tiempo antes de que volvamos a hablar con alguna otra persona que pueda confirmarte lo que ahora te explicaba acerca del principio del bien y del mal, me he apresurado a proponerle la cuestión.

—¿Y qué dice usted?, preguntó María al viajero; ¿cree usted en los espíritus malos?

Había tanta naturalidad en la pregunta, era tan insinuante la voz de María, que el viajero al contestar se atrevió a comenzar su respuesta diciendo:

—Mariquita...

—Dígame usted María; ¿y usted cómo se llama?

—Fernando Henkel.

—Yo soy solamente María, y éste Gil.

—Sí, sólo Gil; antes me llamaban fray Gil; pero he creído que me basta la segunda palabra, al menos mientras no haya aquí otro Gil, lo que no es de esperarse.

Fernando estaba cada vez más sorprendido y después de una ligera reflexión, dijo:

—Verdaderamente yo no soy más que Fernando...

Gil, con una insistencia atormentadora le preguntó:

—Fernando, qué dices de... Estoy tan acostumbrado a no emplear el usted desde que dejé mi convento... y aun cuando vivía en él, lo usaba poco... ¿Nos hablaremos de tú?

—Sí, dijo Fernando.

—¿Qué dices de la pregunta de María? ¿Hay o no hay espíritus malos? es decir, seres superiores al hombre que le causen todo lo que llamamos mal, y que no sean Dios, que es principio de todo bien.

Fernando, que antes había respondido desde luego negativamente, vaciló:

—Yo, dijo María, le he contestado que acaso los habrá; pero que no los conozco, ni he experimentado sus efectos.

Gil replicó:

—Atiéndeme, Fernando: si ahora que perdiste el camino en lugar de venirme para este lado, logrando evitar los espantosos precipicios que hay por todas partes, hubieses desviado un poco más tu rumbo despeñándote sin remedio; ¿quién te habría descarriado, Dios o el Diablo? ¿Y quién te trajo aquí, un espíritu bueno o un espíritu malo?



Fernando, que se había resuelto a seguir las sencillas inspiraciones de María, cuyas facciones contemplaba con admiración, colocada de medio perfil, contestó:

—Aquí me ha traído un espíritu bueno, ¿no es verdad María?

Ésta lanzó sobre Fernando una mirada de agradecimiento, porque comprendió instintivamente todo lo que aquel deseaba insinuar, y contestó:

—¿Por qué preguntas, Gil, la causa de lo que no ha sucedido, de lo que no sucederá? Si quieres que comprenda, así como cuando me enseñabas las propiedades de los cuerpos, háblame de lo que existe, de lo que puedo percibir, de lo que llegaré a alcanzar. Fernando perdió hoy su camino, y ha llegado a nuestra casa, esto es un bien para nosotros...

Fernando, no hallando oportunas las frases vanas que la urbanidad ha inventado, confió a sus ojos el expresar todo su reconocimiento, y seguramente desempeñaron bien la comisión, porque la joven, después de la mirada que le dirigió, manifestó en su rostro una complacencia tal, un atractivo, unos sentidos tan seductores, que Fernando sintió que le daba vuelcos el corazón, impulsado de una sensación inexplicable.

La joven continuó:

—¿Pero qué se puede inferir de una desgracia que no ha sucedido? Tú me has dicho que no es buen discurso pretender sacar la realidad de la suposición, y que con la nada, nada puede hacerse; la nada es aquí tu suposición...

—No, María; mi suposición sería la nada, si el mundo no estuviese plagado de desgracias, palabra con la cual comprenderemos todos los perjuicios que sobrevienen a los humanos sin ser ellos parte en causarlos. Pero mira, yo también te he dicho que lo que más oscurece una cuestión es la multitud de razones; si las mías no te parecen buenas, no insisto, ni me enojo, porque no quiero parecerme a los doctores de que te he hablado, sólo si te aseguro que mis más fervientes deseos son que nunca llegues a convencerte por una experiencia dolorosa de que hay perjuicios que resentimos sin dar motivo, y que hay desgracias que causamos sin mala intención, guiados y muchas veces obligados, sólo del principio del mal.

—Oye Gil, desde que me explicaste lo que era Dios, en aquella preciosa tarde que teníamos en frente tres iris, asomándonos al mirador de “Las Bocas”, he percibido con tal claridad lo que antes sentía con tanta fuerza, aunque con alguna confusión, que Dios lo dirige todo, lo anima todo, y lo gobierna todo, sin que sepamos cómo, que la idea de



otros seres que se ocupen en descomponer sus trabajos, me parece contradictoria, y por lo mismo absurda.

Gil no contestó ni dio señales de haber oído; sumergido al parecer en un arrobamiento o como si padeciese en aquel instante un ataque de catalepsia.

María sabía que en tales casos era preciso variar de conversación, porque su maestro ya no respondía sobre los puntos en que daba definitivamente su opinión.

—¿No quieres Gil que vayamos al mirador? están formándose en el cielo los arcos de la otra tarde, y ya ha dejado de llover.

—Pueden volverme los fríos con la humedad; vayan ustedes, yo los esperaré meciéndome en la hamaca.

Fernando le ofreció a María el brazo a estilo de corte, pero ella que no sabía esta usanza, apoyó francamente su mano izquierda, sobre el hombro derecho del joven, indicándole con la otra mano la dirección que debían seguir.

—¡Tía Antonia!, gritó en seguida con una voz limpia, sonora, de ésas que cuando se oyen una vez nunca se olvidan, con una entonación que pareció a Fernando muy musical; ¡trae la merienda al mirador; vamos a divisar si llega mi padre!



## 2. HUITZITZÍQUI<sup>4</sup>

Sentada sobre una roca color de pizarra, a la orilla de un despeñadero desde donde se divisa por un lado los dos ríos que brotan en “Las Bocas”, y por el otro la inmensa caverna que ha tomado el nombre de Cacahuamilpa, teniendo a sus pies por alfombra la rica vegetación de la tierra caliente, sobre su cabeza la bóveda del cielo, que ya estaba serena, y a su frente tres arcos esplendentes de aquellos que el Señor pone entre las nubes para asegurarnos que ya no habrá diluvio, ostentaba María una cabellera sedosa, color de castaño oscuro, suelta, sobre un rebozo de bolita *coyote*, a la vez que con una mano mórbida, de un cutis apiñonado, extendía la falda de su vestido, hecho de una ligera tela color de rosa, que se había remangado un poco, dejando ver un pequeñito pie blanco, carnoso, perfectamente contorneado, dentro de un zapato corriente de mahón<sup>5</sup> negro, que hacía resaltar su blancura. El busto de esta mujer era imponente, porque todo su físico tenía un desarrollo perfecto, y sus facciones se destacaban como los altos relieves griegos, anunciando en su frente grande y prominente en su nariz proporcionada y en sus labios rubicundos y en erección, majestad, pureza, inteligencia y en energía, templándose el efecto de tal conjunto por la suave, muelle y lánguida expresión de sus grandes ojos pardos, velados por enormes pestañas que aumentaban la sombra de unas ojeras que hacían parecer a María dominada por vagas pasiones y por acendrados sentimientos.

Fernando admiraba tanta perfección sin atreverse a hablar, de miedo que aquella dichosa visión desapareciese, embargado por una conmoción semejante a la que había experimentado cuando había hecho

<sup>4</sup> Significa colibrí. Para formarse una idea de la hermosura de esta voz, es preciso oír-la de boca de uno que posea bien el mexicano, para percibir el silbido particular del pájaro-mosca, cuando se encuentra con otro de su especie. [Nota del autor.]

<sup>5</sup> Tela fuerte de algodón escogido, y por lo común de color anteado, que primitivamente se fabricó en la ciudad de Nanquín, en China (DRAE).



su primera declaración de amor a Rosita. La imagen de ésta vino a turbarle en su arrobamiento, presentándosele radiante de hermosura y de lujo, con sus ojos negros, de miradas vivaces y como de pelo claro rizado, relámpago, con todos los atractivos de la sociedad, y luchó en su fantasía por un momento, como el amo que pretende apresar de nuevo al esclavo fugitivo; pero al compararla voluble y rodeada de fausto, con aquella otra criatura tan sencilla, tan amorosa, tan buena, cometió primera infidelidad de pensamiento, experimentando lo que hubiera creído antes imposible, que prefería a la hija de la naturaleza, acaso por hallarse ausente el objeto de su antiguo amor.

La primera que habló fue María.

—Qué bien te expresas en mexicano, Fernando.

—Soy indio puro.

—Lo mismo que mi padre; pero es otomí.

—¿Cómo has aprendido entonces la lengua de los aztecas?

—Desde que vine a vivir a este retiro con mi madre que era una *tapatía*.<sup>6</sup>

—Debe haber sido muy hermosa.

María se sonrió y contestó:

—Apenas la recuerdo; mi padre sí es muy bien formado.

—¿Y qué vinieron a hacer aquí? ¿Por qué estás tan aislada? ¿Qué nunca has salido para alguna población?

—Sólo para el santuario de Chalma.

—¿Quieres seguirme? te llevaré en medio de la sociedad que no conoces para que brilles, para que te admiren, para que yo me sienta orgulloso y feliz de verme a tu lado.

María abrió desmesuradamente los ojos, fijando una ardiente mirada en Fernando; pero apagándola inmediatamente con sus largas y espesas pestañas, y tomando cierto aire de melancolía.

—Es imposible, dijo, yo debo vivir aquí siempre en expiación de...

—¿De qué?

—La explicación que iba a darte la hará mejor Gil... y luego añadió con inefable dulzura, ¿qué, quieres afligirme?

Fernando se acercó a la peña en que estaba sentada María, y tomándola una mano entre las suyas le dijo, poniéndola sobre su pecho:

—¿Sientes con cuánta fuerza late mi corazón?

—Sí, tanto como el mío, contestó María llevándose la otra mano a su pecho.

<sup>6</sup> Se llama tapatíos en Guadalajara a los que nacen en la capital. [Nota del autor.]

—Pues me dice que preferiré mil veces la muerte antes que afligirte, y que cuando deje de estar a tu lado, nadie volverá a conmoverte.

María le dirigió a Fernando una mirada profunda, apasionadamente tierna, y ambos quedaron en un silencio, que dejó oír el mugido lejano de las espumosas olas del Huajintlán, que chocando contra las rocas iban presurosas a regar las sandías y melones de la playa, y el silbido de algunos colibríes que se disputaban el néctar de alguna flor, muy cercana de aquella dichosa pareja. Una brisa tibia que subía por el despeñadero, viniendo de las partes más bajas de la tierra caliente, después de jugar, entre las ondas que formaba la cabellera de María, iba a sacudir las perlas de rocío que habían quedado en el follaje de los tamarindos y de los mameyes, meciendo majestuosamente sus altas copas.

Después de algunos instantes, Fernando volvió a insistir en sus preguntas:

—¿Y cómo pasas aquí tu vida, María? ¿Con quién tratas, a quién ves?

—Los indios de las cercanías me vienen a ver frecuentemente, me traen las flores más exquisitas que encuentran en las grietas de las peñas y en la profundidad de las barrancas, semillas que siembro en mi jardín, calabacitos de las ferias primorosamente pintados, y otros pobres regalos. Mi padre me deja dinero para que lo distribuya entre ellos, quienes por cariño me llaman desde muy niña *Huitzitzíqui*. Cada año, en la época que comienzan a florear los duraznos, va toda la familia a visitar al Cristo de Chalma, y nos volvemos después de tres días que mi padre y yo pasamos casi constantemente en el templo; no salgo a otra parte.

—Y tu vida, dime hermoso *Huitzitzíqui*, ¿es agradable? ¿No te pesa la monotonía?

María se puso sonrosada al oírse llamar así por Fernando, pero nada respondió, porque en aquel momento llegó la tía Antonia con unos *jarros* llenos de leche, trozos de cecina asada que exhalaba un olor apetitoso, salsa de chile colorado, queso muy fresco y tortillas calientes.

—¿Y Gil ya merendó?, preguntó María...

—Todavía no.

—Pues llévale; vuelve por la servilleta y los trastos.

María invitó a Fernando para que hiciese colación dándole el ejemplo; en seguida le dijo:

—No recuerdo el tiempo que hace desde que me quedé sola; era yo muy chica y pasaba todo el día trepando las peñas y subiendo a los árbo-

les. Un día me dijo mi padre, tienes ya diez años y debes aprender a leer y a escribir; y me trajo una maestra que duró con nosotros como dos años. Desde que supe leer me ha regalado mi padre muchos libros que he leído, porque me divierten muchísimo, particularmente en los ratos de profunda tristeza que de dos años a esta parte se apodera de mí. Mi padre se negó por mucho tiempo a la súplica que le hice de traerme un maestro para que me explicase muchas cosas que no entendía en los libros hasta que un día, cuando menos lo esperaba me trajo a Gil, quien me ha enseñado los rudimentos de algunas ciencias, explicándome con mucha paciencia cuantas dificultades me ocurren en los libros o por efecto de mis propios pensamientos.

Me ha enseñado también el modo de adorar a Dios y de cumplir su voluntad, diciéndome que la regla principal que debemos observar en toda nuestra vida, mientras nos llama a la mansión de los espíritus, es no hacer a nadie mal, y procurar hacer el posible bien a todos los desgraciados que peregrinamos en esta triste tierra, cuya desgracia mayor consiste en que los que debieran ayudarse y fortalecerse se perjudican y persiguen despiadadamente, olvidando que son hermanos, y reagravando sus propias miserias.

Como Gil me permite siempre dirigir mis pensamientos con toda libertad, esta tarde le manifesté la grave dificultad que tengo para admitir la existencia de esos seres superiores a los que él llama diablos, ocupados siempre en encender las malas pasiones de los hombres, espionando las oportunidades para hacerles toda clase de males. Cuando llegaste estábamos en lo más fuerte de la disputa, lo que es muy raro, porque ni Gil ni yo disputamos con el calor que en esta vez. Ya oíste sus razones: yo sólo puedo asegurarte que al pensar en la muerte de mi madre, que me dejó casi sola en el mundo, pues mi padre me ve pocas veces, y al sentirme tan infeliz por no tener a quien *amar*, casi me rendía a las razones de Gil, especialmente por no saber responder a ellas; pero hay algo que invenciblemente me dice en el alma, que basta Dios para el gobierno del mundo, y que acaso el hombre inventó los malos espíritus para tener una disculpa ante su propio orgullo, por sus naturales imperfecciones, y para paliar el mal que según he leído en los libros de historia no tiene mucho reparo en cometer cuando se deja llevar de sus pasiones, lo cual le sucede casi constantemente.

Ahora que según dice mi padre tengo cerca de quince años, me ocurren muy tristes ideas, lloro muchas veces sin saber el motivo, fi-



gurándome que estoy aprisionada, y deseando por lo mismo dejar esta casita en que antes he sido tan dichosa, sin saber a dónde quiero ir...

—¿Y Gil?, preguntó tímidamente Fernando.

—Gil ha pretendido consolarme al principio; después más bien ha necesitado consuelo. Cuando llegó andaba casi todo el día, dándose terribles porrazos, y recibiendo insolaciones que le causaban calenturas; poco a poco se fue entristeciendo, hasta que al fin, en fuerza de su tristeza se venía a mi lado, me apretaba las manos y se quedaba como si fuese muerto, con los ojos inmóviles y entreabiertos; por este motivo luego que le veo ponerse triste, lo deajo, pues cuando procuro manifestarle cariño para alentarlo se pone peor, y le da ese extraño accidente.

Fernando permaneció meditabundo, porque sin mucho trabajo conoció cuál era la causa de los ataques catalépticos de Gil, y pensó para sí mismo, con esa rápida lucidez de una imaginación fuertemente excitada: ¿Y yo vendré ahora a mancillar tanta pureza, a hacer sensible a los ojos de esta cándida criatura la existencia de esos malos espíritus que rechaza muy justamente su candoroso corazón? ¿Qué idea tendrá en lo sucesivo de los hombres y de la sociedad esta niña, cuya ardiente expansión la impele a buscarla, cuando yo deje en su alma los amargos recuerdos de una terrible decepción? Y yo mismo ¿cómo acallaré mis remordimientos cuando mi conciencia me repita de día y de noche, que lo más santo como es el amor, lo más exquisito como es la inocencia, y lo más débil como es la mujer, no han sido para mí objetos de veneración? No; esperaré que venga su padre; le suplicaré me permita llevarla a mi lado como si fuese una hermana, a donde él podrá verla siempre que quiera, feliz en cuanto de mi parte dependa; pero si hay algún grave inconveniente, algún secreto terrible que sólo al pensarlo me hace estremecer, que impida el que se cumpla tal pretensión, me separaré para siempre de este paraíso en el que he encontrado a la Eva lavada de su culpa, pura y apasionada como las tórtolas del Edén, llevando el inefable consuelo de haber visto una criatura celestial sobre la Tierra, respecto de la cual no me he permitido ni la profanación del deseo, porque ella, que rechaza la existencia de los malos espíritus, como la luz a las tinieblas, demuestra con su presencia que hay ángeles a quienes Dios permite venir a anunciar a los hombres su eterna misericordia, su infinita bondad...

—Seguramente no viene mi padre, pues ya pasó la hora en que suelo divisarle; ¿quieres que veamos las flores de mi huerto, antes que se oscurezca la tarde?

—Con mucho gusto.

—Voy por delante para enseñártelas.

Fernando se puso en pie, y sintió hasta entonces la mucha humedad de sus botas y la dureza que con la agua habían adquirido sus charreras, y siguió muy de cerca a María.

Las callecitas del jardín eran formadas por duraznos que entonces estaban cargados de fruto, alternando con los naranjos, cuyos blancos azahares embalsamaban el ambiente, que gracias a la tibia temperatura de aquel sitio se sentía casi seco, lo mismo que las callecitas, que por estar cubiertas de arena y un poco más altas que los lugares sembrados de hortaliza se habían ya oreado.

Rodeaba el jardín una espesa cerca de plátano que extendía majestuosamente sus anchas, lustrosas y larguísimas hojas: al lado del mamey, con su follaje de un verde muy oscuro, que tarda mucho tiempo para dar frutos, y que mostraba los últimos de aquel año, se miraba el ciruelo enteramente desnudo, mientras que la frondosa chirimoya ofrecía sus olorosas flores de tres pétalos en forma de pequeñas azucenas blancas ligeramente teñidas de plomo.

El floripondio, con sus dobles embudos exhalando un grato perfume, el *yoloxóchitl*, flor del corazón, que cura varias enfermedades de esta entraña, el *coatzentecoxóchitl*, flor de cabeza de víbora, cuya hermosura no tiene rival, la flor del tigre *oceloxóchitl*, y otras muchas que sería largo enumerar, engalanaban el pequeño paraíso de que María disfrutaba por el incesante desvelo de su padre, que deseaba verla rodeada de cuanto pudiera distraerla en aquella casi perpetua reclusión.

María recogió las más hermosas flores que pudo alcanzar su mano y formó un precioso ramillete que regaló a Fernando.

—¿Vamos por última vez, le dijo, a divisar si llega mi padre?

Y Fernando siguió otra vez a María que se asomó desde cierta distancia por el despeñadero que, formando un corte casi perpendicular, era el primero que recibía las sombras de la noche.

—Ya nada se distingue a grande distancia, dijo María, ¿quieres que nos retiremos para reunirnos con Gil, o pasamos aquí los últimos momentos del crepúsculo?

—Es tan preciosa esta hora..., contestó Fernando.

—Continuaremos aquí y veremos salir la luna. Siéntate junto a mí, trátame como hermana... ¿Oyes el ruido del arroyo que corre bajo nuestros pies y se precipita por entre las peñas?

—Sí, y me conmueve pensar que así se precipita nuestra vida hacia un desconocido mar... percibo también el susurro de los colibríes que revolotean sobre tu cabeza, y pienso que acaso serás como ellos, que no puedas dejar sin morir la vida de la simple naturaleza... Oigo el canto del grillo que salta al pie de los *cacaloxóchitl*, y me parece que remeda mi voz, siempre desconsolada y monótona...

—¡Yo quisiera cantar!, interrumpió con exaltación María; a pesar de cuanto estás diciendo me siento alegre como pocas veces; ¿sabes cantar, Fernando?

—Sí...

—Pues cántame luego.

Fernando obedeció, entonando un aire melancólico que había compuesto con los versos de un malogrado poeta mexicano, que ha muerto en la flor de su edad, y que dicen así:

*Tú, que habitas el cielo y que de paso  
Del mundo en el desierto apareciste,  
Tú, que en la obscuridad brillar hiciste  
Un destello de amor...  
Preséntate a mi vista toda entera,  
Di tu patria, tu nombre, tu destino...  
¿Eres emanación del ser divino,  
O tu cuna en la tierra se meció?...  
Pero si alzas el vuelo y te remontas  
Hermana de los Ángeles, al cielo,  
Tu desgraciado hermano sin consuelo  
Errante sin tu luz se quedará...<sup>7</sup>*

Cuando Fernando acabó de cantar, María lloraba conmovida por el inexplicable influjo de la melodía, y acaso por la idea de que aquellos goces inocentes eran tan fugaces como la luz del crepúsculo, que había desaparecido cediendo su lugar a la melancólica claridad de la luna.

—Vamos, dijo, dejando correr sus lágrimas; vamos a reunirnos con Gil, también es nuestro hermano...

Detrás de los dos jóvenes venía la tía Antonia, que oculta entre unos matorrales había estado escuchando lo que hablaban. Esta an-

<sup>7</sup> Mariano Esteva y Uliarri publicó esta composición en *El Museo [Mexicano]*. [Nota del autor.]

ciana tenía el encargo de vigilar a María, especialmente desde la llegada de fray Gil, de quien no había tenido que decir otra cosa al padre de aquélla, sino que le daban ataques en que se quedaba sin movimiento por algunas horas.

María introdujo a Fernando en la salita donde se había quedado meciéndose fray Gil; cuando llegaron estaba profundamente dormido. Ardía en aquella pieza una vela de cera en un candelero de latón, puesto sobre una mesa tosca de madera. A la luz de aquella vela podían distinguirse dos cuartos adyacentes a la sala; el uno estaba iluminado y era una especie de oratorio, el otro era la recámara de María.

Tomó ésta la luz de la sala para alumbrar su recámara, invitando a Fernando para que entrase a ella con el fin de enseñarle sus libros y los pobres regalos de los indios. Alrededor de la pieza había varios bancos sobre los que estaban colocados muchos hacesillos de yerbas más o menos secas y olorosas y, sobre una mesa, semillas envueltas en unos papelitos que tenían escritos sus nombres de letra de María. Las yerbas le servían para curar las enfermedades de algunos pobres indios que venían a la casa, y eran asistidos en unos cuartitos que estaban contruidos en un extremo de la huerta, junto al *temaxcali* que entre los indígenas sirve para darse baños de vapor, a cuya medicina son muy afectos. María había empezado a tener algún conocimiento de remedios para su padre que siempre que estaba con ella le explicaba las virtudes de muchas plantas y de algunos minerales; después había encontrado en sus libros recetas que procuraba retener en la memoria, encargando a su padre los simples<sup>8</sup> que hallaba indicados cuando podía comprender su uso, y de ellos tenía gran cantidad en un roperito al que llamaba su botiquín. En frente de éste se hallaban en un estante cosa de cien volúmenes en su mayor parte de historia, algunos compendios de gramática castellana, física, ideología, otros de medicina y el resto de literatura. Los que parecía que había leído más eran de historia.

Fernando se puso a examinar las yerbas y María fue diciéndole sus propiedades:

Como purgantes, la célebre raíz de Michoacán, llamada por los mexicanos *tlalantlacuitlapilli*, y del mismo género el *izticpatli* y el *amamaxtla*, conocido vulgarmente por ruibarbo de los frailes.

<sup>8</sup> Material cualquiera de procedencia orgánica o inorgánica, que sirve por sí solo a la medicina, o que entra en la composición de un medicamento (DRAE).

Como heméticos *mexochitl* y *neixcotlapatli*.

Diuréticos, *agixpatli*, *agixtlacotl*.

Antídoto, *coanenepilli*, lengua de sierpe, vulgarmente contrayerba, llámase también, *coapatli*, es decir, remedio contra las serpientes.

Estornutatorio, *zozoyatic*.

Febri-fugo, *chatalhuic*.

Para las fiebres intermitentes, *chiantzollí*, *ixtacxalli*, *huehuezontecomatl* y el *ixticpatli* recomendado con particularidad.

Sería largo referir los nombres de otras muchas sustancias medicinales que María había acopiado, leyendo algunos libros antiguos y preguntando a los indígenas, entre los que hacía sus experiencias, bastando indicar que el catálogo que hemos empezado es muy diminuto, si se atiende a que el célebre doctor Hernández,<sup>9</sup> en un tiempo en que los mexicanos habían ya degradádose en todos sentidos, conoció por los médicos indígenas mil y doscientas plantas, cada una con su nombre muy adecuado, más de doscientas especies de pájaros y un número considerable de cuadrúpedos, reptiles, peces, insectos y minerales.<sup>10</sup>

De la recámara de María pasaron a la de su padre que era el mismo oratorio, cosa muy frecuente entre los indios, cuya devoción hace que aun los más pobres tengan en su casa imágenes de santos y altares rústicos, cubiertos de flores naturales y artificiales, alumbrados frecuentemente con velas de cera. Ardían dos constantemente en aquel oratorio, que exhalaba, como las iglesias, el olor del estoraque<sup>11</sup> y del *copalli* [copal] que María quemaba por la mañana y en la noche, al poner nuevas luces. Solitaria vestal de aquel santuario, acostumbraba elevar al Todopoderoso, arrodillándose delante de una imagen de la Virgen de Guadalupe y del crucifijo que se hallaba arriba de la Virgen, una sola oración, *el padre nuestro* que fray Gil le había hecho aprender, diciéndole que lo había enseñado el mismo Jesucristo cuando estuvo en la Tierra. Sin embarazarla entonces la presencia del viajero, cambió las velas que colocó en unos candeleros

<sup>9</sup> Probablemente sea el doctor español Francisco Hernández (1517-1587), quien viajó a la Nueva España, donde vivió entre 1571 y 1577. Durante esta estancia viajó por el país y estudió las plantas medicinales. A su muerte en España, el médico Nardo Antonio Recchio publicó un compendio de las investigaciones de Hernández. Sus *Obras completas* fueron publicadas por la UNAM en 1960 (DEM).

<sup>10</sup> Francisco Xavier Clavijero, *Historia antigua de México*, tomo I, libro 7°. [Nota del autor.]

<sup>11</sup> De este árbol se obtiene un bálsamo muy oloroso, usado en perfumería y medicina (DRAE)..

lucientes como de plata, quemó el incienso en un bracero del mismo metal, y arrodillándose según su costumbre recitó su breve oración. Concluido el rezo descolgó un frasquito que entre otros muchos se hallaba pendiente de la pared, le quitó el tapón de cristal, y pidiéndole a Fernando su mascada, dejó caer en ella algunas gotas que exhalaban una deliciosa fragancia, tan penetrante que se percibió inmediatamente a pesar del humo del estoraje que se había extendido por la pieza. María dio a palpar el frasquito del bálsamo a Fernando, y éste, después de darle varias vueltas sin distinguir otra cosa más que un líquido espeso y a la luz artificial blanquecino, leyó *huitziloxitl*.<sup>12</sup>

Tomando después otro frasquito que tenía escrito *xochiocotzotl*<sup>13</sup> vertió María alguna cantidad en su mano del líquido que contenía, y se ungió con él los cabellos y el rostro, diciendo que era para tener sueños agradables. Se acercó en seguida a un pequeño espejo que estaba sobre una mesa, se limpió el rostro y se alisó el pelo, echándolo graciosamente para atrás, y recogiénolo con una cinta de hilo de oro que se ciñó en la frente, dándole vuelta por la parte posterior, y amarrándola por abajo de la mata de pelo, que era muy abundante.

—¿Estoy bonita así?, preguntó con inocente coquetería.

—Sí, muy hermosa, adorable...

—¡Lisonjero!

Fernando le preguntó después si conocía las virtudes de las sustancias contenidas en los demás frasquitos, a lo que María contestó negativamente, por no habérselas enseñado su padre, añadiendo que entre ellas había sutilísimos venenos. Fernando echó entonces una mirada investigadora sobre el cuarto, y no vio más que una estera fina, sobre un tosco banco de cama, y algunas armas sumamente limpias y relucientes, suspendidas de las paredes, como escopetas de dos tiros y espadas, con sus cintos de cuero muy negro y hebillas de oro al parecer.

Cuando volvieron a la sala había ya despertádose fray Gil; María le dijo a éste con tierna solicitud:

—¿Qué vuelves a estar malo? ¿Por qué te has dormido tan temprano?

—Parece que quieren volverme los fríos; siento algo de calentura...

<sup>12</sup> Cuando este bálsamo fue llevado de México a Roma, se vendió a cien ducados la onza, como lo atestigua el doctor Monarde en su historia de los simples medicinales de América. Francisco Xavier Clavijero, *Historia antigua de México*, tomo I, libro 1º. [Nota del autor.]

<sup>13</sup> Liquidámbar. [Nota del autor.]



—¿Quieres beber el *yxticpatli*?

—Ya sabes que nunca me curo; o mi naturaleza tiene por sí sola bastante energía para extirpar el mal, y entonces para nada necesito el remedio, o no tengo tal energía y entonces, además del riesgo que se corre al aplicarse lo que acaso venga a perjudicar, por infinidad de motivos, se causa uno otro mal especial, y es la necesidad que se establece en la economía de aquel auxiliar para hallar un alivio pasajero, lo que a la larga forzosamente viene a ser nocivo. En cuanto a las causas morales, el punto está más claramente decidido: en este momento luchan en mi cuerpo los buenos y los malos espíritus, y éstos son los que llevan alguna ventaja; si los primeros vencen, sano enteramente, si los segundos, muero y mi alma irá a aumentar el número de aquéllos; entretanto a mí me toca cumplir y resignarme con mi destino.

—Lo único que puedo decirte, Gil, es que muchos se han curado con el *yxticpatli*, y que cuando quieras tomarlo, te lo prepararemos.

—Te lo agradezco mucho, María.

Ésta se encaminó hacia su recámara.

—¿Y qué vas a acostarte?, le dijo Gil.

—Sí, quiero madrugar para ir con Fernando y contigo, si amaneces aliviado, a la gruta de Cacahuamilpa. ¡Hasta mañana Gil; adiós, Fernando! ¡Ah! se me olvidaba decirte, Fernando, que te acuestes en el oratorio en la cama de mi padre, que seguramente ya no vendrá.

La tía Antonia no entró a la recámara de María como de costumbre, y sólo fue a acompañarla el muchacho sobrino de aquélla.



### 3. FRAY GIL

Quedaron solos fray Gil y Fernando en la sala, aquél meciéndose en la hamaca, éste procurando explicarse la serie de sorpresas que había recibido desde que había llegado a aquella casa, donde tantas cosas singulares había hallado, entre las que contaba justamente las ocurrencias excéntricas del hombre que tenía delante de sí, y que se balanceaba lánguidamente y con aire distraído con la hamaca, sin ocuparse para nada de su compañero.

—¡Gil!, dijo Fernando, y esperó algunos momentos que éste le respondiera... y no obteniéndolo volvió a repetir la misma voz con el mismo resultado.

—¡Si estará con el ataque cataléptico!..., murmuró entre dientes, y se acercó tanto a la hamaca para observarlo, que por poco iba a caer al suelo en una fuerte mecida que Gil se dio entonces y para no caer tuvo Fernando que agarrarse materialmente de las largas narices de Gil.

—¿Por qué me interrumpes?, dijo éste con algún enfado; ¿fui acaso a interrumpirte en la plática que tuviste con María casi toda la tarde?

—¡Celos!, dijo para sí Fernando; ¡en todas partes el antagonismo! más bien yo debo, respondió con voz clara, darte el sentimiento.

—¿Por qué?

—Porque hubiéramos estado más alegres con tu presencia y con tus ocurrencias...

—¡Con mis ocurrencias! ¿Pues qué tienen mis ocurrencias?

—Muy originales.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no se parecen a las de los demás hombres.

—¡Ah! eso es porque los demás hombres dicen una cosa y hacen otra, nunca puede saberse si lo que dicen es como lo creen y lo sienten.

Aunque estas palabras estaban exentas de ironía, Fernando creyó que tenían un sentido particular con relación a él mismo, y como podía que-

dar en la ignorancia de lo que deseaba saber de Gil si se embrollaba en cualquiera cuestión de amor propio, le dijo resueltamente:

—He venido a interrumpirte porque deseo saber cómo has venido aquí...

—¿Y por qué lo deseas?

—Porque quiero mucho a María...

Fray Gil se revolvió sobre la hamaca, puso un pie en la tierra para detenerla, y dijo como si amenazara:

—¿Conque quieres mucho a María?

—Sí, y además me interesa tu suerte.

—¿Te interesa mi suerte?

—Mucho.

—Que quieras a María, dijo Gil exhalando un suspiro es muy natural... ¡pero que te interese mi suerte! Sólo a un hombre he oído que me diga esas palabras tan consoladoras, al prelado que me recogió y que me sacó de la prisión en que estuve por... quien sabe por qué...

Advirtiendo Fernando que ya había abierto brecha en aquel carácter cuya dureza no conocía, le dijo:

—Yo deseara sacar a ustedes de este aislamiento, llevarme a María y que tú nos acompañaras...

—¡Silencio! ¡Silencio!, dijo fray Gil poniéndose en pie y acercándose bruscamente a Fernando; ¡silencio, porque eres perdido! y señaló hacia la puerta de la sala donde se oyó un ligero ruido como de persona que se arrastraba.

Fernando con la mayor ansiedad le hacía señas a Gil para que le explicase.

—Es la tía Antonia que nos escucha, y que se lo dirá todo a su padre de María.

—¿Pero quién es ese hombre, al que tú temes tanto?, dijo Fernando en voz baja.

Gil en respuesta tomó del brazo a su interlocutor y llevándole para el oratorio, le dijo:

—Yo no temo a nadie, me es igual morir o vivir... en el convento porque me maltrataban, aquí por otras causas; pero tú corres un gran riesgo, y acaso no estás preparado para él... me has dicho que te interesas por mi suerte, aunque nada espero de ti, he creído que debía decirte que conviene estés en cautela respecto de la tía Antonia, y que te vayas de esta casa lo más pronto posible.

—¿Pero si hay algún riesgo en permanecer en ella, por qué estás tú aquí?

—Porque he dado mi palabra de avisar algunos días antes cuando quiera partir, y porque me han hecho gracia de la vida bajo la condición de que comunicara a María los conocimientos que tuviese. Yo no había visto a esta niña, pero me hicieron la propuesta en un día en que la vida me parecía muy grata, en que había atravesado los campos y los bosques por la primera vez, y no me resolví a morir... No tengo por qué arrepentirme de haber aceptado la propuesta, he cumplido ya mi destino, he ayudado en sus primeros esfuerzos a un entendimiento poderoso, he afirmado la virtud en esa niña a quien Dios ha dotado con tan preciosos dones, y puedo ahora morir tranquilamente...

—Me pareces un hombre extraordinario, tanto como lo ha sido tu venida a esta casa.

—Te explicaré, porque no he dado ni me han pedido palabra de callar...

—Hará cosa de un año caminaba yo con un hermano de mi orden, porque has de saber que yo soy lego mercedario, para Toluca, habiendo salido de México. Embelesado con las perspectivas del camino, ni advertí cuando fue asaltada la diligencia por una cuadrilla de ladrones que nos mandaron bajar del carruaje, lo que yo tardé en verificar, porque en frente de mi asiento se había desmayado una joven a quien no debía abandonar en tal estado; un malvado quiso herirme con una hacha creyendo que yo me negaba a bajar. Salté de la diligencia y le quité el hacha resolviéndome a morir primero que consentir que en mi presencia se ultrajase a la joven, que desde antes me había suplicado la defendiese en tal lance si se presentaba, lo que yo le ofrecí gustoso. Pronto me vi rodeado de todos los ladrones sin que ninguno de los viajeros me ayudase, y estando yo dispuesto a vender cara mi vida, se apareció un hombre que con voz de trueno dijo a los otros: ¡nadie lo toque! ¡Es un valiente! Desde entonces sé yo que soy valiente. En seguida me pidió el hacha que yo le rendí, exigiéndole antes garantías para la joven desmayada, las que me prometió, añadiendo estas palabras: *“no hay garantía más que para ella, iyo no engaño!”*.

De pronto no comprendí todo lo que querían decir estas expresiones, y como ya estaba yo declarado valiente, creí que me correspondía decir, como efectivamente dije: ¡Yo no las pido para mí!

El jefe mandó a dos de sus hombres que me condujeran al monte, y uno de ellos, que después me dijo le llamaban Juan “El Coyote”, quien

efectivamente mostraba en su cara cierta semejanza con este animal, me hizo montar en las ancas de su yegua, cosa que me costó algún trabajo porque nunca había cabalgado, pero que me fue muy agradable.

Habíamos llegado a lo más espeso del bosque cuando nos apeamos. Yo no atendía sino a la prodigiosa elevación de los árboles, cuya dirección seguía con la vista, admirando la extremada rectitud y corpulencia de algunos de ellos, a la vez que me sentía dulcemente conmovido con las sonoras cadencias de los jilgueros, que confundían sus voces con el eco de los arroyos y con los gemidos de las tórtolas. De repente “El Coyote”, que es como yo, de esta estatura, me agarró las manos por detrás: creí que se chanceaba, aunque me pareció el modo muy grosero, especialmente cuando sentí que me pasaba por los codos una reata que había quitado de la cabeza de la silla, hice un grande esfuerzo que sin duda Juan no esperaba y perdió el equilibrio, a tiempo que yo lo empujaba decididamente; ya libre de sus manos fue rodando hasta una gran distancia: me previne para seguir defendiéndome, pero él me dijo, dirigiendo la vista de un modo siniestro hacia sus armas que colgaban del caballo, el cual estaba cerca de mí:

—Tiene usted chanzas muy pesadas, padrecito.

—Yo no me chanceo, le dije, y usted es un grosero en venir a sorprenderme seguramente con malas intenciones.

El compañero de Juan le hizo una seña con la vista, a la que respondió éste con una señal afirmativa y fue a buscar algo entre una gran mata de zacate, donde encontró unos instrumentos de labranza; trazó con ellos un cuadrilongo y comenzó a cavar una fosa que involuntariamente me hizo estremecer.

A pocos momentos llegó el jefe de la cuadrilla en un soberbio caballo, se apeó de él, y dirigiéndose a Juan le preguntó con visibles señales de enojo, sin cuidarse de que yo lo oyera:

—¿Por qué no lo has amarrado?

—Porque no se deja, tiene unas fuerzas del demonio.

—Al oír estas últimas palabras, conocí que tenía que habérmelas con hombres dominados por el mal espíritu.

—¡Siempre son así ustedes, cobardes!, dijo el jefe, y tiene uno que enseñarles lo bueno y lo malo. A tu compañero Machorro acabo de darle una lección que no podrá olvidar: se la he metido en el cerebro partiéndole el cráneo. A lo que parecía, el jefe era hombre de pocas palabras, porque sin ceremonia se echó sobre mí, lo que yo esperaba, advertido sin duda por el buen espíritu. El primer empuje fue terrible

y poco faltó para que me derribase en tierra, pero pude apoyarme en el tronco de un árbol hasta donde había yo ido a chocar con la espalda; enojado por tal ataque, y recordando que Dios ayuda a los que no quieren darse al poder de los malos, hice a mi vez un esfuerzo, aprovechando el momento en que mi contrario acababa de agotar el suyo, y le hice recular hasta la fosa, que estaba abierta a medias, metió en ella un pie y perdiendo el equilibrio cayó, soltándose de mí. En este momento "El Coyote", que había ya descolgado su espada, se vino sobre mí, trayéndola desnuda, y me hubiera muerto sin remedio, pero su jefe dio un grito espantoso que no puedo expresarte, dirigiéndole a Juan una mirada llena de cólera, quien se retiró de nosotros.

El capitán echó una maldición y me dijo: ¡ahora va de veras! Le esperé y nos abrazamos en lucha, acordándome que yo vencía a todos los legos y coristas de mi convento. Como el capitán es doblado<sup>14</sup> me llevaba alguna ventaja, pero yo le contrabalanceaba alzándole del suelo y haciéndole oscilar para que perdiese el equilibrio, lo que nunca pude lograr, porque siempre caía con las piernas abiertas y tan tiesas que parecían de hierro. Él se empeñó entonces en meterme la zancadilla, pero yo que lo conocí, le atacaba en tales momentos, poniéndolo en gran trabajo para hacerme frente, cuando se apoyaba en una sola pierna. Después de varios esfuerzos infructuosos por una y otra parte, me convencí de que prolongándose la lucha debía yo sucumbir, porque mientras sudaba a mares y sentía desfallecerme, pues me faltaba la respiración, mi contrario estaba tan fresco como si empezase la lucha. Quiso Dios poner en el ánimo de éste la idea de hacer un esfuerzo desesperado, me alzó por lo alto, me dio vueltas como si fuese rehilete, en las que perdí todo el aplomo, pero al arrojarme al suelo él también se cayó, sobre el lado derecho, quedando los dos abrazados. Se desembarazó de mí violentamente buscando algo en la bota campanera lo que sin duda no encontró y echando espuma corrió hacia su caballo, que desconociéndole arrancó desaforadamente por el monte. Juan subió en el suyo y fue en su seguimiento.

—¡Es igual!, dijo el jefe encontrando en la pierna derecha lo que había buscado en la izquierda que era un puñal, viniéndose inmediatamente sobre mí.

—¿Me va usted a matar?, le dije.

—Sí.

<sup>14</sup> De pequeña o mediana estatura y recio y fuerte de miembros (DRAE).



—¿Por qué?

—Porque he prometido hacer que usted desaparezca.

—¿Entonces para qué me salvó usted en el camino? ¿Sólo por el gusto de ser mi asesino?

—Tuve un arranque que no pude reprimir, porque me gustan los valientes.

Entretanto, el hombre que hacía mi sepultura continuaba tranquilamente su trabajo.

—Pero si ha prometido usted hacer que yo desaparezca, le dije a mi enemigo, no es preciso matarme.

—¿Pero dónde he de poner a usted? sólo que quiera usted seguir nuestra vida.

—¡Jamás!

—Si las órdenes que usted tiene se lo impiden, puede usted ser simplemente nuestro capellán.

—Yo no soy padre.

—¡Cómo! ¿No es usted mercedario? y se quedó mirando los jirones de mi capa blanca, única vestimenta que llevaba de religioso, la cual en la lucha había perdido enteramente su forma.

—Soy lego.

—¡Ah! pues lo haré con menos escrúpulo; ¡prepárese hermano a morir!

En aquel momento había ya alcanzado Juan al caballo del jefe y adivinando la intención de éste, le traía su espada.

El capitán parecía vacilar.

—Usted ha prometido, le dije otra vez, sólo hacerme desaparecer, ¿qué necesidad tiene de matarme?

—Ciertamente, se atrevieron a decir los otros dos ladrones que se habían acercado al lugar en que estábamos. El capitán los miró con enojo, haciendo una seña al que estaba cavando la fosa, que quería decir ¡vaya usted pronto a concluir su trabajo! y luego acercándoseme con una mirada en que yo leía la traición:

—¿Pero por qué niega usted que es padre, siendo así que tiene corona abierta? si fuera lego, no se rehusaría a seguir nuestra vida; algunos he visto salidos muy buenos chicos.

—He negado ser padre porque efectivamente no lo soy, siempre digo la verdad.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Aun a costa de la vida?

—Lo ve usted ahora en que quiere usted matarme porque digo que soy lego.

—No por eso, sino por mi promesa.

—¿Qué promesa es esa? ¿Y por qué se cree obligado a cumplirla?

—Pero ¿qué he de hacer con usted? ¿Qué sabe usted hacer?

—¡Nada!

—¡Pues no es buena recomendación para vivir!

En seguida se puso a reflexionar, deponiendo el gesto de traición que le había yo estado observando.

—¿Ha estudiado usted?

—Sí, toda mi vida.

—¿Y tiene usted intención de ordenarse?

—Sí, pero no lo conseguiré.

—¿Por qué? yo conozco a muchos padres que no saben ni leer la misa.

—En un examen que me hicieron, dije con verdad todo lo que sentía sobre los puntos que me interrogaron, y me prohibieron recibir órdenes. Ahora voy a morir por no ser padre y quién sabe por qué otros motivos...

El capitán se sentó sobre el tronco de un árbol derribado por un rayo, mientras que yo permanecía en pie lleno de desconfianza.

—Siéntese si quiere, me dijo, que aunque me llaman “El Tigre” no me lo he de comer.

Me senté sobre el césped, mientras el capitán permanecía sumergido en una meditación profunda, y al parecer en lucha consigo mismo; el de la sepultura adelantaba su trabajo, causando con la azada un ruido seco que iba a repetirse en un eco no muy lejano, que pronto se ahogaba en ese sonoro movimiento de las hojas, que da a los bosques un rumor tan característico.

Inesperadamente se oyó un ruido más fuerte entre las zarzas por el lado en que estábamos, el cual hizo poner en pie al capitán, dejando el de la azada su faena para ir, así como Juan en busca de su caballo, sólo yo que no tenía nada que temer si no era al capitán, me quedé en mi lugar, sin moverme, continuando mi pensamiento de fugarme, aunque fuera dejándome ir por una barranca que teníamos en frente, muy cercana, contando para la primera carrera con mis enormes zancas.

Aquel ruido era causado por el resto de los malhechores que traían un hombre muerto, a quien sin duda se refería “El Tigre” cuando le



dijo a Juan que le había dado a Machorro una lección inolvidable. “El Tigre” se acercó a donde yo estaba haciendo seña a los demás para que se apartasen.

—¿Qué haría usted?, me dijo en voz baja, con acento breve, con una especial pronunciación algo estridente, en que trabajaban mucho los labios que tiene muy pronunciados; ¿qué haría usted si le pusiese en un lugar secreto y lo confiase la educación de una niña en quien tengo puestos todos mis amores?

—Cumpliría el encargo lealmente sin abandonar ese lugar.

—Me bastará que cuando quiera usted partir me avise, para que yo le indique antes quiénes son sus enemigos, a fin de que se libre de ellos, pues son muy poderosos.

—Lo prometo.

Yo no me obligo a tener a usted por poco ni por mucho tiempo; esto dependerá de la conducta que observe, que si desgraciadamente no es buena... y me hizo una seña con el puñal, la cual entendí perfectamente.

Cuando acabó de hablarme dijo en voz alta ientierren a Machorro y aprendan a ser caballeros! Aquí el padrecito le encomendará el alma.

—Yo me acerqué al cadáver del infeliz Machorro que estaba ya en la fosa, recé en voz alta en presencia de los bandidos que se descubrieron y arrodillaron, incluso el jefe, la lección de Job que comienza: *Parce mihi domine*; experimentaba una sensación extraordinaria al pensar que aquella sepultura se había preparado para mí, y esto daba a mi oración un gran fervor. Hice después seña de que le echasen la tierra, y concluí mis oficios diciendo el *Pater noster*; uno de los presentes a quien después oí llamar “La Pulga”, porque era muy pequeñito de cuerpo y muy vivo, puso en el montón de tierra que cubría el cadáver una rama de árbol que hacía la figura de una cruz, y nos retiramos silenciosamente, montado yo en el caballo de Machorro.

El jefe dio a su tropa algunas órdenes que yo no pude percibir, y acompañándonos de Juan “El Coyote”, y otro a quien según supe después llamaban “El Gachupín”, porque cierra los dientes al hablar, emprendimos por sierras y montes una caminata de toda la tarde y la noche siguiente, llegando yo a esta casa en tal estado de cansancio que no puedo decirte cómo llegué, ni lo que hice inmediatamente, porque caí al suelo sin conocimiento.

Al despertar ya no estaba en la casa el capitán, y encontré a mi lado una preciosa criatura que se esforzaba por echarme en la boca no sé qué licor. Te aseguro Fernando, que creí estar en el paraíso, y que Dios



premiaba mis sufrimientos dándome aquella compañera. Quise abrazarla, pero se escapó de entre mis brazos, y desgraciadamente desde entonces me ha repetido con más o menos frecuencia un ataque de catalepsia que desde chico he experimentado.

Desde ese día he cumplido religiosamente lo que ofrecí a “El Tigre”, quien seguramente no tiene queja de mí, pues me hallo al lado de María, no obstante que siempre me vigilan por una parte la tía Antonia, y por otra los peones del jardín, que son hombres que dependen del capitán, y que más se ocupan de cuidar la joya de la casa que es María, observando todas mis acciones del mismo modo que habrán observado las tuyas.

—Efectivamente, dijo Fernando, ahora los miraba yo trabajar del lado en que estábamos María y yo. Cuando empezábamos a hablar sentí ruido en la puerta de la sala...

—Yo también lo sentí y por eso te impuse silencio cuando me expresaste el deseo que tenías de llevarte contigo a María, lo que ésta no consentirá mientras viva su padre, aunque no sea más que por el peligro en que estaría tu vida constantemente, si tal cosa hicieran. Ella conoce perfectamente su situación, y dice que le corresponde expiar las faltas de otro, por cuyo motivo no admitirá tu oferta de modo ninguno.

—Pero tú, Gil, acaso vas a quedar expuesto en esta casa, particularmente si te han escuchado.

—No, porque no han de suponerse que hemos entrado al oratorio, donde la misma María solamente penetra en las horas en que viene a poner velas nuevas.

—No creo me amenaza ningún peligro; pero si así fuese ¿qué tengo que perder?

—La vida.

—Estoy fastidiado de ella y creo, no sé por qué motivo, que su término ya se acerca. Pero no hablemos de eso. Yo te he referido de qué manera vine aquí, para que te salves: algún espíritu que te favorece ha impedido que esta noche venga “El Tigre”, pues ya hace más de ocho días que no viene, y nunca deja pasar tanto tiempo sin ver a María; aprovecha la mañana que va a llegar para alejarte de este lugar que te sería funesto. ¿A dónde vas? ¿De dónde vienes?

—Voy a México, vengo de California, de donde me han arrojado los americanos después de unos meses de residencia, en que he recogido algún oro, ayudado por varios compañeros que contraté desde mi sali-



da por el puerto de Mazatlán. Vengo a pedir protección al gobierno de mi patria y a proponer el armar una expedición bajo sus auspicios, con la que espero arrojar de aquellas felices regiones a los aventureros que se han apoderado de ellas. Desgraciadamente, según he sabido esta mañana en Taxco, el gobierno podrá hacer poco en mi favor, porque los americanos iban llegando al Valle de México, han dado ya algunas batallas que les han sido felices, y pronto atacarán la capital, ¿sabes tú algo de esto?

—Poco antes de que tú vinieras estuvieron aquí unos indígenas quienes dijeron a María que habían oído desde el monte de Ocuila un cañoneo espantoso, hacia el rumbo de México; acaso hoy habrá sido la batalla que dices.

—¿A cuántos estamos?, preguntó Fernando.

—No sé, antes era yo un calendario viviente; pero como aquí para nada se necesita...

—Fernando sacó una cartera muy abultada, buscó en ella su itinerario y leyó las jornadas que había hecho; computó el tiempo, y dijo:

—Hoy es lunes, estamos a 13 de septiembre...<sup>15</sup> Siento una terrible ansiedad por el resultado de ese cañoneo de que me hablas, pues mi corazón me predice algo funesto... Será acaso por la impresión que me ha dejado el relato que me has hecho, pero cualquiera que sea el resultado de la lucha con los americanos, y si mis compañeros no han tenido un grave contratiempo, me quedan aún recursos suficientes para poder ofrecerte algún bienestar, si quieres salir de este lugar, avisándome primero a "El Tigre", que deseas separarte.

—¿Y por qué me haces este ofrecimiento?

—Por dos motivos que ya te he indicado antes, porque así será más fácil que María se resuelva a seguirme...

Fray Gil hizo un gesto de profundo desagrado.

Y porque tienes un gran talento que deseara yo ver aplicado a otra cosa mejor que las disputas metafísicas.

—¡Me quedo!

—¿Y qué va a ser de ti? ya no tienes en que ocuparte...

—Seguiré como todos los hombres mi destino, impulsado por los buenos espíritus y contrariado por los malos: estoy resignado y tranquilo.

<sup>15</sup> Se refiere, claro está, al 13 de septiembre de 1847, día en que los cadetes de la Academia Militar, ubicada en el Castillo de Chapultepec, defendieron inútilmente la plaza, ante los embates de las tropas estadounidenses.



—¿Y si “El Tigre” te pregunta por mí?

—Le digo todo cuanto ha pasado.

—¿Hasta lo que me has referido?

—Sí.

—Pues óyeme Gil, si los buenos espíritus me protegen, como tú dices, deteniendo a ese hombre, yo no me ausento de esta casa sin despedirme de María, a quien acompañaré mañana a la gruta de Cacahuamilpa, después Dios dirá. ¿Vas tú?

—No, y puesto que te obstinas en permanecer aquí, me voy a recoger porque siento calofríos: ¡hasta mañana!

—¡Hasta mañana Gil!



#### 4. LA LLEGADA DE “EL TIGRE”

Fernando se quedó solo en el oratorio, sumergido en profundas cavilaciones, sin que interrumpiese otra cosa el silencio que reinaba en la casa, más que la crepitación de las velas de cera y el ronco aunque tranquilo estertor de fray Gil, que dormía. Para evitar que este último ruido le impidiese dormir a su vez entornó la puerta del oratorio que comunicaba a la sala, tuvo antes la idea de atrancarla por dentro y buscó algún objeto a propósito; pero no encontrándolo se dijo:

—De nada serviría: valdrá más manifestar plena confianza; el peligro que ahora me amenaza no puede ser mayor que los que he corrido en California, y sin embargo me veo libre de ellos... ¿Qué habrá sido de Gregorio y de los mozos?... Hasta ahora concedo un recuerdo a lo que más me interesa. ¡Si llegara a saberse que las mulas de nuestro equipaje que van cargadas de una poca de fruta llevan oro, seríamos perdidos! ¿Cuánto tiempo durará la excursión que me ha propuesto María para Cacahuamilpa? ¿Acaso en ese tiempo vendrá “El Tigre”, y perderé la oportunidad de pasar el río de madrugada para llegar hoy a Cuernavaca y alcanzar a mis compañeros...? ¡Pero suceda lo que sucediere yo he de acompañar a María en su paseo! ¡Todavía tengo en el cinto un par de pistolas para no temblar delante de un hombre!

Fernando se acostó vestido sobre la cama de “El Tigre”, aflojándose el cinto en que estaban las pistolas y procuró dormir. Al principio no podía conciliar el sueño: una tras otra se le presentaban en la imaginación las escenas del día y despertaba sobresaltado, creyendo unas veces que había caído en un precipicio; otras que presenciaba la lucha de Gil y de “El Tigre”, o que éste llegaba y le sorprendía hablando con María. La imagen de ésta, fija, inalterable, comenzó a dominar sobre todos sus recuerdos, a la vez que sus sentidos se embargaban y sus ideas se confundían de una manera extraña, refiriéndose siempre a aquel objeto principal; su sueño en tal estado se hizo de tal manera profundo, que no pudo llegar a sus oídos, o cuando menos a su sensa-

ción, el ruido que formaron varios caballos al llegar cerca de la casita, como a la media noche, ni el golpe que dio la puerta de la recámara de María al salir ésta violentamente a recibir a su padre, que llegaba acompañado de “El Gachupín” y de Juan “El Coyote”.

María encontró a su padre antes de que penetrase en la sala, y en la luz de la luna pudo distinguir a la tía Antonia, que le hablaba al oído.

Pedro “El Otomí”, así le llamaba el jefe de la cuadrilla de ladrones que había arrebatado a fray Gil, abrazó a su hija con ternura y le dijo en seguida, sin dar la más pequeña muestra de disgusto, pero observándola con la mayor atención:

—Antonia me decía que ha venido hoy una persona de distinción...

—Es un viajero a quien descarrió la tempestad.

—¿Y se fue después que pasó?

—No, como no sabía el camino para volverse...

—¡Ah! ¿Adónde está durmiendo?

—En tu cama.

—¡Hum...!, murmuró “El Otomí”, procurando siempre reprimirse.

—¿Qué te desagrada? Si conocieras al viajero lo habrías de querer.

“El Otomí” se rascó la cabeza haciendo a un lado su sombrero poblano y preguntó:

—¿Qué señas tiene?

María le dio las señas de Fernando, mostrando por éste un interés que no se le escapó a su padre, y concluyó pidiéndole licencia para ir a pasear con aquél a la gruta en la mañana siguiente.

—Si ese viajero quiere acompañarnos por algún tiempo, yo también iré con ustedes; pero si desea irse muy de madrugada, por ejemplo, no podremos detenerle; acaso le importará mucho concluir pronto su viaje, y puede dejarnos, es decir, dejarte hasta sin despedida.

—No lo creas padre; me quiere mucho y no se irá sin despedirse de mí.

—Mejor vete por ahora a dormir, que es media noche, y mañana hablaremos.

—¿Pero tú dónde duermes?

—¡Aquí en el portal no deja de hacer algún calor, con que hasta mañana, María!

“El Gachupín” se acercó en seguida a su jefe y le preguntó si desensillaba los caballos.

—No, respondió “El Otomí”, cuyas facciones habían ya tomado la rigidez que ordinariamente mostraba entre sus subordinados; anda,



examina despacio un caballo que está allí debajo de los tamarindos y dime si te gusta.

“El Gachupín” volvió a poco con “El Coyote”, diciendo:

—¡Ah, qué hermoso animal! retinto golondrino, de más de siete cuartas, dos patas blancas, y unas orejitas muy finas ¿no es verdad Juan?

—¡Y qué bravo!, añadió éste, por nada me deshace la cara porque me desconoció y se me vino en dos patitas...

—¿Y vieron la silla de montar que debe estar por allí colgada?

—“El Gachupín” fue quien anduvo cerca de ella...

—No, tú fuiste, Juan, quien la esculcó...

—¡Algo te habrás cogido de ella, Juan!, dijo Pedro levantando la voz.

—Le saqué estas pistolas para que no se tomaran con la humedad... y por eso las traigo...

—Juan, ¡un día te he de partir la cabeza como a Machorro! Vamos, deja esas pistolas donde estaban... Es necesario ser alguna vez hombre de bien.

Los dos bandidos se alejaron y Pedro llamó a la tía Antonia.

—Mira, lo dijo, entra al oratorio muy quedito para no despertar a ese señor que duerme allá adentro, ni al padre Gil... A propósito ¿cómo sigue éste? ¿Qué tal se porta?

—¡Ah! el pobrecito es una alma de Dios: por la mañana explica la lección a Mariquita, si no le da ese ataque en que se queda como santo; por la tarde se duerme, porque le han vuelto los fríos...

—Pues que no despierte... Pon unas buenas brazas del tlecuile en el bracerito del oratorio, quiero echar zahumerio...

—Ya zahumó Mariquita...

—No importa, échale buenas brazas como te digo, y al salir quita la aldabita de la ventana, y si ésta tiene alguna rendija la tapas ¿entiendes?

—Sí señor.

—Apaga una vela de las dos que deben estar ardiendo...

La tía Antonia cumplió al pie de la letra las órdenes de “El Otomí”, y éste entró en seguida al oratorio. Contempló por un momento a Fernando, que estaba profundamente dormido, y dijo de un modo imperceptible:

—Es indio mexicano, éstos son astutos y tenaces, pero no son fuertes. Tomó en seguida unos pedazos de goma que colgaban de la pared, reconoció la ventana por ver si tenía quitada la aldaba y cubiertas las rendijas, y prendió en la vela que estaba ardiendo unos de los pedazos

de goma que tenía en las manos, los que inmediatamente comenzaron a exhalar un grato aroma y un humo espeso; echó el resto en el bracerito, apagó la vela y saliéndose a la sala, cerró la puerta del oratorio con cuidado, haciendo lo mismo con la de la sala.

Cuando llegó al corredor encontró a sus compañeros que se preguntaban:

—¿Qué no dormiremos? estamos muy cansados ¿para qué se han quedado los caballos con la silla?... siquiera les echáramos un pienso...

—No, pronto vamos a necesitarlos, dijo “El Otomí”, respondiendo a la última pregunta que oyó distintamente, luego añadió:

—Anda, “Gachupín”, ensilla ese caballo retinto que está en los tamarindos y tenlo dispuesto.

“El Coyote” no quiso quedarse solo con su jefe y se alejó con el pretexto de ayudar a “El Gachupín”; entretanto se paseaba “El Otomí” en el portalito que estaba alumbrado por la luz de la luna, y miraba repetidas veces la muestra de su reloj, hasta que pasados unos diez minutos dejó aquel lugar, dio vuelta por detrás de la casa y fue a empujar las dos hojas de la ventanita del oratorio que inmediatamente se abrieron, dando paso al humo que se había condensado en la pieza. Volvió a pasearse en el portalito y después de algunos minutos se entró a la casa a tientas, porque cerró la puerta de la sala y todo quedó completamente a oscuras; después entró al oratorio, encendió con un fósforo las velas, vio que ya no quedaba goma ni lumbre en el brasero, y se sentó a contemplar de frente a Fernando, que parecía completamente dormido.

—¡Buenas armas!, dijo tomando una de las pistolas que éste tenía en el cinto; pero han de ser de pequeño alcance, aunque el cañón está muy reforzado: ¡y tiene seis tiros cada una! pues hay para hacer frente a doce hombres si el brazo es firme...

“El Otomí” siguió viendo con creciente avidez las pistolas; pero cediendo a otro sentimiento más poderoso, las puso sobre el altar y buscó la cartera de Fernando, en la que vio desde luego el nombre de éste. ¡Es extranjero!, se dijo; y luego alumbrándole la cara con una de las velas; ¡no, es indio mexicano! ¿Y por qué vendrá tan armado? ¡Sí será de la cofradía! Veamos los papeles.

“El Otomí” acercó un banco al altar, y empezó a sacar los documentos que estaban dentro de la cartera.

—¡Cartas, puras cartas!, dijo cuando acabó de sacarlas; en ellas debe haber revelaciones importantes. Abrió una de ellas y leyó:

Señor don Fernando Henkel  
México, agosto 1° de 1847. Acapulco

Muy estimado señor:

Escribo ésta para Acapulco, calculando que dentro de pocos días llegará usted a ese puerto, conforme al aviso que me dio usted en su última.

Aunque pronto deberemos vernos, necesito que por el primer correo me indique usted si he de seguir pagando las letras que contra la casa está girando el padre don Luis desde Sayula y Guadalajara, en razón de que ha suspendido los pagos la casa del señor Cavalier, y ha quedado sin poderse cobrar la última de las tres libranzas de a cincuenta mil pesos que fueron endosadas a mi favor. Aunque he procurado poner en conocimiento de usted este inesperado suceso en las varias cartas que le estoy dirigiendo hace algunos meses, seguramente se han extraviado, pues nada me dice usted en la única suya que he recibido de California, por vía de Mazatlán, en que me anuncia su pronta vuelta que mucho deseo.

Acompaño a la presente las que he recibido para usted del padre don Luis, quien ya supone a usted en México, y en espera de tener pronto el gusto de verle, me repito su afectísimo servidor.

Abundio Torres

Posdata: los americanos han llegado a Puebla, en donde no les hicieron resistencia ninguna, después de haber tomado a Veracruz, que no pudo ser socorrida, porque aquí se pronunciaron los cuerpos de guardia nacional llamados Victoria, Hidalgo, e Independencia, pagados por los padres. Nuestros pobres soldados están llegando, después de una derrota que han sufrido en Cerro Gordo,<sup>16</sup> en un estado lastimoso. México se está fortificando, y según dicen nuestros militares, no la tomarán sino cuando los edificios estén hechos polvo y pasen los enemigos sobre sus cadáveres. No tarde usted mucho en venir, porque ya no encontrará el almacén, supuesto que va a ser destruida la misma capital, en donde parece que le intentan hacer lo que los rusos en Moscú.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Cerro entre Jalapa y el puerto de Veracruz, escenario de la batalla del mismo nombre, los días 18 y 19 de abril de 1847. La derrota de los mexicanos se atribuyó a la ineptitud de Santa Anna (*DEM*).

<sup>17</sup> En 1812, cuando las tropas de Napoleón estaban en las inmediaciones de Moscú, los moscovitas prefirieron incendiar la ciudad, antes que rendirse ante los invasores. Los franceses ocuparon una ciudad destruida en dos terceras partes por el fuego.



Al calce de esta carta estaba el borrador de la respuesta dada por Fernando, que decía:

Don Abundio Torres  
Acapulco, septiembre 7 de 1847

Muy apreciable amigo:

En los últimos cuatro meses no he recibido otra carta de usted que la que me ha a dirigido con fecha 1° de agosto próximo pasado, y contestando los puntos a que se refiere le manifiesto: que sentiría yo mucho que dejase de pagarse alguna letra girada por el padre don Luis, a quien no es conveniente comunicar el contratiempo que usted ha experimentado por no haber podido cobrar la última letra de los tres que se endosaron a su favor. Yo llegaré muy pronto a esa capital y arreglaremos todo; esto, se entiende, si no se han sepultado bajo sus escombros las valientes tropas que la defienden como usted lo espera, aunque yo lo dudo muchísimo.

Supe por los diarios en California el motín que en esa capital armaron los padres, por no contribuir para la guerra con los once millones que les asignó el Congreso. Luego que los americanos supieron tal suceso, lo celebraron estrepitosamente, asegurando que la toma de Veracruz sería inevitable, pues quedaba abandonada a sus propias fuerzas, como sucedió... Los mexicanos que estábamos en California hemos llorado amargamente tales sucesos por la humillación de nuestra patria, y porque luego que nuestros enemigos supieron que Scott<sup>18</sup> se había apoderado de Veracruz, comenzaron a perseguirnos de un modo horroroso, lo que nos ha hecho emigrar a casi todos.

A nuestra visita informaré a usted muchos pormenores; esto se verificará pronto, pues también desea verlo su amigo.

—¡Este hombre debe ser inmensamente rico, puesto que no parece arruinarlo la pérdida de cincuenta mil pesos!, dijo “El Otomí”, cuyos grandes ojos redondos y hundidos como los [del] águila se fijaban sobre Fernando, que continuaba durmiendo profundamente. La cara del bandido, abultada y de color bastante oscuro, ya por el rigor

<sup>18</sup> Winfield Scott (1786-1866) encabezó al ejército estadounidense en la guerra contra México (1846-1848). Obtuvo victorias militares en Veracruz, Cerro Gordo y Chapultepec. Ocupó el Palacio Nacional en la ciudad de México el 14 de septiembre de 1847. Volvió a Estados Unidos en 1848, e intentó llegar a la presidencia de su país, infructuosamente, en 1852 (*Encarta* 1999).

de la vida que llevaba, como por la raza a que pertenecía, manifestaba en aquel momento esa profunda meditación de los hombres de fibra, cuando está escogiendo tranquilamente los medios más eficaces para ejecutar algún proyecto. Su nariz prominente, su frente ancha, sus labios bien formados y con esa elevación que marca un carácter atrevido, y el extremo de su barba de una curva suave y sin pelo, hubieran podido dar a aquella fisonomía, que revelaba inteligencia, algo de atractivo; pero el hábito de mando y de hacer cumplir inexorablemente sus órdenes, le había dado una expresión ordinariamente feroz, y no podía verse de cerca a tal hombre sin sentir esa invencible repugnancia que se experimenta delante de los que se han cubierto con la sangre de sus semejantes. Las manos del bandido, que en un ejercicio pacífico habrían sido tersas y agraciadas, estaban llenas de costurones y manchas oscuras, a causa de algunas pequeñas heridas mal curadas, y por los golpes contusos que en ellas había recibido; su cuerpo musculoso, de mediana elevación, manifestaba, aun estando sentado, cierta depresión en la nuca, originada tal vez por la costumbre de andar cautelosamente, y una notable curvatura en las piernas por el continuado ejercicio a caballo. Pero lo más singular de la fisonomía de este hombre era la forma de la cabeza, larga en sentido contrario, respecto de lo que generalmente se observa en todos a causa del gran desarrollo en sus partes laterales, por cuyo motivo los durísimos sombreros de Puebla que usaba acababan por tomar una figura tan extraña como la horma a que se ajustaban, pareciendo siempre que los tenía puestos al revés. La frenología<sup>19</sup> habría indicado, al observar el cráneo de Pedro “El Otomí”, entendimiento claro en la elevación de la frente, falta de benevolencia y veneración, por la depresión de la parte anterior de la cabeza; instintos destructores, astucia y un gran valor por el desarrollo de las partes laterales, finalmente un amor acendrado a su hija en las prominencias de la parte posterior del cráneo.

La vida del bandido era un reflejo de todas estas cualidades y defectos. Había crecido en la cuadrilla de una hacienda del partido de Ixtlahuaca, y hasta la edad de dieciocho años había tenido lo que se

<sup>19</sup> Teoría según la cual puede medirse el carácter y la inteligencia de una persona, estudiando las protuberancias y depresiones del cráneo. Esta pseudociencia se basó en los escritos de Franz Joseph Gall, anatomista alemán de fines del siglo XVIII y principios del XIX. El término fue acuñado por su discípulo y colaborador, Johann Caspar Spurzheim (*Encarta* 1999).

llama felicidad del indio, esa ausencia de goces, esa vida miserablemente vegetativa y trabajada de los de su raza. Los capataces de la hacienda habían ya notado que cuando se le hacía alguna dura advertencia, aunque fuese merecida, arrojaba por el suelo los instrumentos del trabajo, retirándose a los montes, hasta que el hambre le hacía volver, y ya sabían que con él no se empleaba el chicote, porque una sola vez que se le había aplicado, había dado una terrible herida con el azadón que tenía en las manos al que se atrevió a pegarle, quien estando a caballo apenas pudo librar la cara y recibió el golpe en la pierna. Pedro, después de aquel suceso, no había huido a los montes, como cuando no quería trabajar; esperó a pie firme a los encargados de prenderlo y opuso una desesperada resistencia antes de ser conducido a la cárcel.

La causa se concluyó pronto, porque el culpable no negó el hecho, alegando sólo que había recibido antes de herir un chicotazo en la cara sin dar motivo; pero el juez consideró de poco peso esta excepción, acaso por ser costumbre general que los indios sean impulsados al trabajo, cuando no a cintarazos como en algunas haciendas de la tierra caliente, a latigazos como en muchas de la tierra fría. Pedro fue puesto en el grillete por espacio de un año, habiendo sido horriblemente maltratado el día en que por primera vez le fijaron la argolla de hierro en el pie, a lo cual se opuso decididamente, hasta que fue sujetado por la fuerza. Salió de la cárcel con mayor altivez de la que antes se le había conocido, y no quiso volver al trabajo, yéndose a vivir a un pueblo inmediato en donde había nacido y al cual lo siguió su pobre madre, que para mantenerlo en la cárcel había sufrido inauditas aflicciones. El pueblo donde se había refugiado Pedro era enemigo de la hacienda en que antes trabajaba, a causa de un antiguo litigio sobre aguas que con ella seguía. Desgraciadamente la cuestión se había exacerbado mucho por la carestía del maíz que entonces se experimentaba; los indios esperaban remediarla con la cosecha inmediata, pues la anterior se había perdido generalmente. Sembraron en abril esperando que el riego del cielo los protegiese, pero vieron llegar y concluir el mes de mayo sin tal auxilio. Había entre ellos la tradición y aun los recuerdos de algunos viejos de que en casos semejantes habían regado sus milpas con el agua que le disputaban a la hacienda, y mandaron una comisión al administrador pidiéndole aquel favor sin perjuicio del pleito, pero el administrador se negó. Consternada la población miraba llegar la miseria a sus puertas, siendo así que una

poca de agua de la que desperdiciaba la hacienda podía volver la lozanía a sus milpas, que se marchitaban y retorcían bajo los rayos del sol que las iba secando. Una sorda desesperación fermentaba en el pueblo, cuando Pedro comenzó a excitar a los que venían a platicar con él.

—Si hubiera diez hombres de valor, yo me pondría a la cabeza de ellos, e iría a tomar cuanta agua necesitase el pueblo para su riego.

—Sí, le respondían, y después te pondrían en la cárcel y te sacarían a las obras públicas.

—Puede que no, porque primero me dejaría matar.

—Precisamente así murió tu padre, rompiendo el caño de agua para regar las tierras del pueblo.

—Y después de la muerte de mi padre, ¿qué hizo la justicia?

—Nada, ícomo hubo un gran tumulto...!

—¡Ah! ¡Conque el grillete es sólo para los pobres!

No faltaron otros jóvenes que se resolvieran a seguir a Pedro, y el día menos pensado apareció éste con su cuadrilla dividida en dos trozos, uno de los cuales se ocupó de romper el caño que conducía el agua y repartirla entre las milpas, y el otro se dispuso para combatir. Los de la hacienda no vinieron a impedir el acto, de manera que el riego fue tan abundante como quisieron los del pueblo. Pedro no quedó satisfecho con esto, y cuando concluyó el riego hizo dos cosas injustificables: la primera fue impedir que los trabajadores cubriesen con césped la abertura que habían hecho en el acueducto según lo pretendían; la segunda, gritar que si había algunos valientes lo siguiesen, y con unos cuantos se dirigió a la habitación de la hacienda donde maltrató a todos los que no pudieron esconderse, hiriendo gravemente a algunos, robándose todo lo que encontró de más valor y de fácil transporte. Concluida esta operación dijo a sus camaradas:

—El que quiera que vuelva al pueblo para que allí lo vayan a coger, yo me voy a vivir a los montes.

Todos los que habían ido con él a la hacienda tomaron caballos para huir; entre ellos iba el que después fue conocido con el nombre de “El Gachupín”, el único que continuó invariablemente al lado de “El Otomí”, porque los otros fueron sucesivamente al presidio o habían muerto.

Pronto se extendió la fama de Pedro “El Otomí” por sus crueldades en los asaltos que verificaba, lo que le valió el pseudónimo de “El Tigre”, haciéndose también muy notable por la religiosidad con que distribuía la presa, y sobre todo por su valor, de manera que venían de

muchas partes a seguir sus banderas los hombres perdidos a quienes buscaba la justicia y los desertores del ejército.

Desde luego conoció Pedro la necesidad en que se hallaba de sacudir su profunda ignorancia, pues no sabía ni leer, y por esta causa tenía que sufrir la dependencia de alguno que le sirviese de secretario, lo que le desagradaba mucho. Se dedicó por tanto a aprender a leer, a escribir y a hacer algunas cuentas, y lo consiguió en poco tiempo; después la necesidad de curar a sus heridos, y a los que se enfermaban por otras causas, despertó en él cierta disposición natural que tenía para la medicina, y preguntando a los indios que trataba en los montes las virtudes de muchas plantas, llegó a adquirir un pequeño caudal de conocimientos en este ramo, al que era muy afecto.

Después de cuatro o cinco años de vivir en la soledad, dando asaltos o huyendo de los gendarmes, se aburrió de aquella vida miserable:

—¿Yo para quién trabajo?, comenzó a decirse; ¡mi madre ha muerto de las pesadumbres que le he dado! ¡Todos mis compañeros tienen donde ir a descansar, aunque sea una parte del año, y a disfrutar de lo que adquieren en poblaciones donde pasan por hombres de bien! ¡Yo, solo, siempre entre los venados y los lobos, o en medio de cobardes que a cada paso me comprometen! ¡Yo, “El Tigre”, que se ha escapado de mil lazos, no puedo tener descanso porque mi filiación la tienen todos los alcaldes, entre los cuales hay algunos a quienes he tenido bajo mis órdenes, y son los que más desearán echarme garra para acreditarse de hombres de provecho; pero antes de que tal suceda han de sentir lo que es “El Tigre”!

Casi siempre a estos soliloquios seguían espantosas escenas de sangre en que el jefe iba a recordarles a sus antiguos camaradas, que no se le perseguía impunemente; pero “El Otomí” había llegado a esa desesperada situación que solamente experimentan los grandes criminales, cuando llegan a abatirse ante la enormidad de sus delitos, y que no pueden recordar sin temblar el número de sus víctimas.

—¡Sangre, siempre sangre!, decía el bandido: odio, rencor, rabia, he aquí mis goces infernales! yo no puedo dirigirme a Dios porque a mí mismo me causo espanto: ¡ah qué cruel situación es la de no amar a nadie, ni un hermano, ni un amigo, ni un hijo! ¿Pero qué mujer no me tendrá horror? ¿Quién puede abrazarse conmigo para caminar en derechura al infierno?...

¡No, no es la muerte la que me espanta!, exclamaba el bandido, ni la idea de que algún día mi cabeza pendiente de un árbol avise a los

viajeros haciendo silbar el aire al pasar con ímpetu por las cuencas de mis ojos, que pueden caminar sin cuidado porque “El Tigre” en fin ha caído; ilo que me causa horror es mi pobre corazón que me dice que nadie me ama, y que yo no tengo a quién amar!

¡Acaso yo no debí ser tan malo! Acaso hay en Dios tanta misericordia que pueda yo llegar a ser bueno; pero estoy solo, y necesito que alguno me guíe en el sendero de la vida, sacándome de este camino que sigo porque no sé otro... ¡Un momento, oh, Dios mío, un momento de misericordia y estoy salvado!

Algún tiempo después “El Tigre” había cambiado los instrumentos de muerte por los de labranza, retirándose cerca del pueblo de Cacahuamilpa a un lugar solitario y de muy difícil acceso. Allí dividía su tiempo entre el trabajo corporal y la lectura, construyendo primero, ayudado de “El Gachupín”, una casita, y sembrando después árboles frutales y flores; y su existencia se deslizaba dulcemente como el arroyo con que regaba su jardín porque ya no estaba solo; había encontrado el complemento de su ser, tenía a quién amar; Dios había oído su ruego y le había dado como a nuestro primer padre una compañera.

Pasados algunos años el lugar antes solitario y yermo al que se había retirado “El Otomí”, presentaba el aspecto de una felicidad envidiable. Los arbolitos iban elevándose con presteza, ayudados del clima templado que allí se experimenta, y ostentaban esa gentileza y frescura de la primera edad; a su sombra jugueteaba, cuidada por “El Gachupín”, una niña que era la delicia de toda la casa; pero esta felicidad no fue durable. Arrebatada por la muerte de la madre de la niña, más que ésta, quedó huérfano otro corazón que sólo había sido sensible a los encantos del amor conyugal, cuyo hueco nada pudo llenar después. “El Tigre” se sintió arrojado a un nuevo abismo del que apenas podía sacarle al menos por entonces, el cariño de su hija. Comenzaron a parecerle insípidas las ocupaciones domésticas o impropias de un corazón enérgico y de un brazo vigoroso; vinieron las tentaciones de falsos amigos que había encontrado en las ferias de Chalma, a donde concurría anualmente, y hasta el mismo amor de padre vino a darle una descarriada previsión:

—Reuniré algo para mi hija, se dijo, y llamó a “El Gachupín” proponiéndole volver a su antigua vida.

—¿Y la niña, cómo se queda?, preguntó éste.

—Tengo ya vistos dos hombres que cuidarán del jardín y velarán principalmente por María. Ahí abajo en el pueblo tienen sus familias,



y con su cabeza y las de sus hijos me responden de que no le sucederá mal alguno, al menos de los que pueden evitarse, a fuerza de valor y de fidelidad.

—Pues yo te digo que te seguiré a donde quieras... pero de veras, pensaba que se la habíamos ya pegado al diablo...

—¿Cómo?

—Sí, porque al morir el asunto de la otra vida se arregla según...

—Si tienes miedo, quédate, cuidarás a María.

—Ya, sabes que los otomíes no tenemos miedo; si a otros les asusta la sangre a nosotros nos embravece... ¡Te decía eso de la otra vida, porque así me lo enseñó la madre de María...!

Después de aquel día revivió la fama de “El Tigre”, jefe de bandoleros que alternativamente se presentaba en el monte de Las Cruces, en la cañada de Cuernavaca, o en el camino de Querétaro. Los que solían caer en sus manos no eran maltratados como en otro tiempo, pero se le siguió llamando “El Tigre”, porque con los de su cuadrilla era verdaderamente feroz, castigándolos de muerte siempre que faltaban a sus órdenes.



## 5. LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS

El bandido miraba de frente a Fernando con esa plácida satisfacción del buitre que sorprende un nido de pichones, y le rebozaba el contento, como al gato cuando tiene entre sus garras un ratoncillo mortecino.

—¡Un rescate!, decía en voz baja ide diez, de veinte, de treinta mil pesos! Bocado es éste que me pertenece a mí solo y por el cual daría yo un brazo. ¡Está visto! la suerte de mi María queda por siempre asegurada con sólo imponer ese dinero, con las otras cosillas que he ahorrado, en una buena casa; pero veamos estas cartas. ¡Hola! y están numeradas; comenzaremos por donde se debe, y leyó:

Número 1

Señor don Fernando Henkel

Nueva Filadelfia, enero de 1847

Hermano mío, predilecto:

Mucho he sentido tu ausencia, por la costumbre que he contraído de comunicarte todos mis pensamientos, y de oír tus acertadas reflexiones; y aunque bien conozco que esta carta no llegará a tu poder sino después de algunos meses, te la dirijo a México según tu encargo, haciéndome la voluntaria ilusión de que pronto recibiré tu respuesta; en todo caso si alguna de las mías se extravía, avísamelo para que te mande el duplicado, pues a este fin van numeradas. Desde tu partida para California, que se verificó precisamente hace un mes, hemos avanzado notablemente en nuestra empresa; como recordarás, desde fines de septiembre último que fue cuando llegamos a Atoyac, comenzamos a ocuparnos en arreglar los varios contratos que han sido necesarios para la compra de todo el terreno que hay desde la sierra de El Tigre inclusive hasta la ribera de la laguna de Atoyac, no comprendiendo las salinas que allí están situadas. Este trabajo, que al principio se dificultó mucho, por las desconfianzas de los campesinos, se fue allanando luego que comprendieron bien el objeto que nos hemos pro-

puesto, es a saber: “QUE LOS TRABAJADORES DEL CAMPO Y LOS DE LAS FÁBRICAS SEAN SOCIOS QUE PARTICIPEN DE LAS GANANCIAS O PÉRDIDAS DE LA ASOCIACIÓN, TENIENDO ASEGURADA AL MISMO TIEMPO UNA MÓDICA SUBSISTENCIA”. Para inculcarles esta nueva especie de vida, este paso hacia una mejor sociedad, sirvió admirablemente el que los indígenas te oyesen hablar en su idioma, y que vieses corroborados tus asertos por mí, en quien desde luego han confiado, por el carácter sacerdotal de que estoy revestido, principalmente porque han visto que jamás cobro cosa alguna cuando me encargan que ejerza con ellos los actos de mi sagrado ministerio.

A pesar de la eficacia con que procedimos, no pudieron terminarse sino a fines de octubre las operaciones de medir el terreno y distribuirlo convenientemente, escogiendo el más a propósito para situar los oficinas centrales. Por fortuna encontramos en medio del llano una pequeña eminencia muy propia para tal objeto, y en poco tiempo se terraplenó la parte más alta, abriendo inmediatamente los cimientos de los nuevos edificios que se están construyendo, conforme a los planos que me dejaste. El ingeniero que vino con nosotros, don Guillermo Ulseman, espera poder sacar agua de buena calidad de los pozos artesianos que está ya taladrando en la meseta céntrica; entretanto nos surtimos de uno de los ojitos de agua que tenemos más cerca.

En los dos meses que me acompañaste, mis afanes eran menos, por que mientras tú dirigías a los trabajadores de los edificios centrales, que tú quisiste fuesen de sólida construcción, yo avanzaba con los colonos en la formación de la primera línea de habitaciones, y salía al campo para recibir los bueyes, caballos y mulas que hemos comprado, y a disponer la conducción de las semillas, que ha sido indispensable acopiar para el año entrante.

Tú viste el empeño de los primeros colonos para construir sus casitas, y así no tengo más que decir sobre este punto, sino que su entusiasmo ha aumentado conforme han ido viniendo otros nuevos, por lo que [se] me ocurrió dividirlos en grupos para ponerlos a trabajar en diferentes rumbos; la emulación ha sido tal entre los individuos de un mismo grupo, tanto para sacar de mejor calidad la obra, como en la prontitud, que he logrado casi duplicar el avance sin poner más gente, porque la que se ha presentado, de mediados de noviembre a la fecha, la he ocupado en la siembra de trigo.

Considerando bien lo que una tarde me dijiste: “*los que trabajan todo el día en una misma cosa matan su inteligencia para cualquier otro ramo, y deben sufrir un tormento infernal con el fastidio*”, dispuse que los que se ocupan por la mañana en edificar, salgan por la tarde a la pizza del maíz, a barbechar



las tierras en que se ha ido echando el trigo, o a sembrar y cubrir esta semilla. Del mismo modo los que van un día a cortar leña, en otro hacinan zacate, y a veces desgranar, cuidando siempre que los trabajos más fuertes no sean continuos en un mismo individuo.

Esta distribución les ha agradado tanto a los colonos, que ni ninguno se rehusa a los trabajos más pesados, pues saben que les corresponde un día o dos en cada mes por ejemplo, porque se reparten entre todos los que ganan lo mismo, y en esta igualdad proporcional experimentan prácticamente lo que deseamos siempre, que es la justicia.

Luego que se establezcan las fábricas, pienso dar más extensa aplicación a tu pensamiento, y que todo el trabajo se desempeñe en faenas de tres horas, continuando sucesivamente entre diversos grupos, de manera que, a la vez que el mismo trabajo sea constante, varíen en dicho periodo de tiempo los operarios, porque efectivamente el enfado de hacer constantemente una misma cosa es mortal y enerva a las facultades del individuo, que quedan sin ejercicio y como en suspenso, causando por un lado esa terrible enfermedad mortal que se llama desaliento y, por otra, esas deformidades que se notan en los que trabajan diariamente de un mismo modo, lo que en poco tiempo acarrea debilidad y aniquilamiento. El trabajo de esta manera, tal cual hoy se acostumbra en todas partes, es el mayor enemigo de la especie humana, cuando debiera ser, siguiendo tu consejo, el principio del desarrollo progresivo de todas las facultades del hombre, una fuente perenne en que se renuevan las fuerzas, y lo que todavía llama mucho más la atención, motivo de satisfacción a la vez y de prosperidad.

Poniendo en inmediata práctica este sistema, los peones del campo y de las fábricas que vengán a tomar parte en la asociación, tendrán la siguiente distribución de su tiempo:

A las cuatro y media de la mañana sonará la gran campana de la Nueva Filadelfia, colocada en la puerta más alta de los edificios centrales, y su toque será repetido por las campanas situadas al principio de las cuatro calzadas de comunicación, en cada uno de los cuatro vientos en la primera línea de habitaciones, para que los colonos asean a su familia, la que vendrá toda al templo a suplicar al Todopoderoso que nos continúe su protección. Este acto solemne comenzará a las cinco en punto y en él se cantará un himno, cuya letra y música desde ahora te encargo.

En seguida pronunciará el capellán alguna plática moral, de poca duración, que debe terminar antes de las cinco y media...

De esta hora a las seis y media leerán, escribirán y harán cuentas los adultos, y los que sepan estos ramos, aprenderán matemáticas, física, me-

cánica, etcétera, sirviendo de catedrático el director. A los que no supieren las primeras letras les darán lección uno o dos colonos, los que sean a propósito y más adelantados.

Los niños entrarán a la escuela después que salgan los adultos, y no permanecerán en ella sino dos horas por la mañana y dos por la tarde, destinando el tiempo restante al aprendizaje en las fábricas o en las faenas agrícolas que puedan desempeñar.

Las mujeres tendrán la escuela aparte a la misma hora que los hombres, y cuando salgan aquéllas a sus labores, entrarán las niñas, permaneciendo dos horas por la mañana y dos por la tarde, ocupándose también gradualmente en las faenas agrícolas o fabriles que requieran poca fuerza.

La primera faena será de seis y media a nueve y media, comenzando unos en el campo y otros en las fábricas.

La segunda faena de nueve y media a doce para que continúen en el campo los que hayan hecho la primera faena en las fábricas, y recíprocamente, para que vengan a las fábricas los que hayan empezado el trabajo del día en el campo.

De doce a una, comida...

De una a tres de la tarde, descanso.

De tres a seis, la última faena con la misma alternativa que la segunda.

Según sea la urgencia del trabajo, porque haya gran demanda de artefactos, o porque el campo requiera en ciertas épocas mayor número de brazos, comenzarán muchos operarios la primera faena en donde más se necesitare.

La distribución antecedente es aplicable a las mujeres y a los niños, teniendo solamente en consideración que por ser más débiles deberá reservárseles las ocupaciones que requieran menores esfuerzos.

La colación será a las siete de la noche.

Después de ella hasta las nueve, pasarán las familias de los colonos a la "*Gran Rotunda*", formada de una extensa galería circular que abrazará todos los edificios centrales, bien ventilados, cubierta con vidrios en lo que no tuviese pared, profusamente iluminada y con muebles de comodidad, a fin de que se divierta en lo que guste cada individuo, a cuyo objeto habrá juegos de billar, de damas, de ajedrez, música para que bailen y canten los jóvenes, un pequeño teatro para que se preparen algunas representaciones, y en una palabra, todos aquellos placeres honestos que se pueden proporcionar en una asociación íntima, sin etiqueta ni vanas rivalidades, haciendo observar una decencia estricta y la más pura moralidad.

Para no concurrir en alguna noche, necesitará el que faltare voluntariamente obtener licencia del director, y si fuese mujer se retirará con su



esposo, padre, o hermano; si fuese casado, con su esposa, y si es soltero, con la madre.

El director distribuirá todos los trabajos y señalará a cada uno el que le convenga; pero en todos los casos graves, o no previstos por el reglamento, obrará de acuerdo con la JUNTA DE ANCIANOS, compuesta de los siete socios de mayor edad, la cual puede en cada caso suspender lo determinado por el director, siempre que haya en tal sentido cinco o más votos.

La Junta se reunirá todos los días después del desayuno, y no ofreciéndose cosa que consultarle, se disolverá, haciendo antes constar en una acta su simple reunión, o lo que acuerde.

*El reglamento de la asociación se fijará en la puerta del templo y en las de los obrajes...*

Temo que te haya parecido muy larga mi primera carta, y por esto la suspendo aquí.

Por lo que te he referido conocerás cuánta falta nos haces, y así apresura tu vuelta y no tengas en una expectativa penosa, a tu hermano

Luis

Posdata: se me pasaba decirte que Laura es la maestra de las mujeres, y que a las seis y media de la mañana que acaba este primer quehacer se sale al campo con un enorme sombrero de paja a cosechar, capitanea a los jóvenes de su edad y vuelve a las nueve y media a trabajar sus flores de cera o a dibujar; ha engordado y el color de sus mejillas antes tan pálido anuncia ahora una excelente salud. Mi buena, mi excelente madre ha querido ocuparse en enseñar a las pobres mujeres que tienen chiquitos, el modo con qué deben criarlos, y está muy vigilante en el cuarto en que se quedan los que no pueden ir con ellas al trabajo, para que las cuidadoras cumplan su obligación. Con que ya ves, todos trabajamos mientras el director que eres tú, se pasea...

—¡Si yo hubiera encontrado al principio de mi vida, dijo con amargura “El Otomí”, soltando la carta, una asociación como ésta, no me hubiera descarriado! Mis malos instintos se habrían corregido con el buen ejemplo lejos de exacerbarse como sucedió con el maltrato. Habría aprendido a leer y a escribir desde mis primeros años, pronto y fácilmente, y ese terrible trabajo del campo continuado y sin intermisión que tanto me desesperaba, tan mezquinamente retribuido, que no ofrece porvenir diferente a los que son sus siervos, no me habría



lanzado a esta espantosa vida en que me acompañan noche y día las furias del infierno...

¡Pero yo no puedo quejarme! Dios había llamado a la felicidad de una existencia tranquila... Verdad es que me quitó a María, al ángel de consuelo que me trajo al camino del bien, y que al subir al cielo me dejó en prendas de un amor infinito a ese bello retrato suyo, a esa inocente niña, cuya cándida virtud, cuya inefable ternura me detiene aquí en la Tierra; pero veo con dolor, siento anticipadamente, que a la vez que esos dos ángeles, madre e hija, tienen asegurado un lugar al lado de la divinidad, yo me hundo en ese abismo de desesperación en que mi mayor desgracia será ya no poderlas ver!

Pero dejemos estos tétricos pensamientos que cada día más y más me dominan y me debilitan; yo debo ser fuerte hasta el último momento de mi vida, soy tigre, y este animal nunca se doma...

Veamos lo que dice esta otra carta.



## 6. LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS (CONTINUACIÓN)

El bandido leyó:

Número 2

Señor don Fernando Henkel

Nueva Filadelfia, 17 febrero de 1847

Hermano mío, predilecto:

Siguiendo la instrucción que me dejaste, he formado ya el LIBRO DE INSCRIPCIONES; en esto como en todo me ha prestado grande auxilio Ulseman, quien cada día se hace más apreciable. ¡Qué buenos, qué inteligentes son estos alemanes!

*El Libro de inscripciones comprende las partidas en que se expresa la cantidad con que cada uno de los asociados contribuye en la asociación. Aunque no todos ponen dinero contante, bien puede valorizarse el trabajo de cada uno de ellos como el rédito de un capital, así es que, un jornalero por ejemplo, que generalmente gana real y medio al día, posee un capital que le produce al año, incluyendo los festivos, cincuenta y seis pesos. Pero el jornalero tiene que mantenerse y que alimentar a su familia, y necesita por lo mismo una anticipación del rédito, el cual se llama salario o jornal, y como las necesidades en que vive son muy apremiantes, se ve forzado a renunciar toda esperanza de mayor ganancia, y aun ha olvidado su carácter de socio productor, por la costumbre que tiene al ajustarse de no mirar sino por el día de la necesidad, sin avanzar su previsión hacia un porvenir más dichoso, porque hasta ahora este goce inocente de la esperanza le ha sido negado.*

Las consecuencias de este desarreglo son palpables: por un lado, el jornalero trabaja mal, por el otro, no tiene ocupación segura, y he aquí que lleno de zozobra por el porvenir, se apropia siempre que puede alguna cosa del amo, ya pidiéndole prestado con ánimo de no pagar, ya hurtándose las herramientas o los frutos en las sementeras, por lo que establece una especie de guerra con el dueño, quien se ve en la precisión de defenderse.

Este hecho, cualesquiera que sean las causas que lo producen y contengan, sean o no los propietarios los responsables, es la acusación más flagrante del desorden presente de la sociedad, cuyas relaciones vitales se hallan desnaturalizadas.

En la nueva asociación las cosas pasarán de una manera muy diferente, porque el colono se sentirá impulsado de una venturosa esperanza, que le dará nuevas fuerzas en medio de sus fatigas, al considerar que a la vez que tiene asegurada la subsistencia de su familia, por numerosa que sea, y que puede abandonarse sin reserva a la satisfacción de verla aumentada sin ese continuo temor que acibara la vida de los que no tienen bienes de fortuna, se encuentra con ahorros que en pocos años harán su suerte independiente. Feliz con sólo la idea de que ya no es siervo del trabajo, al llegar a intentar el separarse de la asociación, porque en ninguna parte fuera de ella encontrará tanta protección de muchos hermanos sobre cada uno de ellos, tanta sencillez y verdad en las relaciones sociales, purificadas por el influjo verdaderamente divino de la caridad.

Copiaré algunas partidas tales como se hayan en el libro para que me digas tu parecer:

1°. Fray Evaristo, sin trabajo personal, por capital impuesto desde 1° de noviembre de 1846, doscientos mil pesos.

2°. Henkel, don Fernando, director de esta partida, se halla en blanco.

3°. El padre don Luis, limosna diaria de un peso desde la fecha antes expresada, con obligación de decir misa, doctrinar a los colonos y servirles espiritualmente, cuya limosna hace al año trescientos sesenta y cinco pesos, rédito a razón de seis por ciento del capital con que se le inscribe de seis mil ochenta y tres pesos.

Ulseman, don Guillermo, indemnización de mil quinientos pesos anuales desde el 1° de noviembre de 1846, como maquinista, la cual corresponde al seis por ciento, al capital con que se le inscribe de veinticinco mil pesos.

Hidalgo, don Miguel, real y medio cada día por trabajo personal, desde el 15 de noviembre de 1846, lo que hace al año cincuenta y seis pesos, rédito al seis por cien ciento del capital con que se le inscribe de mil ciento cuarenta pesos.

Morelos, don José María, igual inscripción.

Guerrero, don Vicente, esta partida aún no está liquidada, y es referente a un individuo que ha contribuido para la asociación con todos sus bienes.

Notarás que a todos los indígenas que no tienen apellido les he impuesto al inscribirlos los de nuestros héroes, para que nunca se olviden los sacrificios que hicieron por nuestra libertad.

*Las mujeres tienen también inscripción, a razón de un real diario, es decir, con el capital de setecientos sesenta pesos; desde que cumplen catorce años, los niños la mitad, desde diez años hasta doce si son mujeres, y hasta catorce si son hombres, desde cuyo tiempo les corre a éstos, y [a] aquéllas el rédito de setecientos sesenta ya expresado, hasta que se casan los hombres, después de lo cual tienen el de mil ciento cuarenta; siendo de advertir que no se les permite contraer matrimonio, sino cuando los maestros de obra y los capitanes certifican que saben trabajar la mujer y el hombre. La expresada capitalización es el mínimo de lo que pueden tener los hombres y mujeres en la Nueva Filadelfia, pero se aumentará en proporción de la destreza que adquiera cada individuo, de manera que una familia que se componga de cinco personas, tres mujeres dos hombres por ejemplo, útiles para el trabajo y dedicados a perfeccionarse, podrá llegar a reunir un capital de setecientos sesenta pesos por la joven de menos edad, que apenas empiece a trabajar, y otro por el joven no casado, de mil ciento cuarenta por la joven mayor, que suponemos acreedora a real y medio diario, de mil novecientos el padre de la familia, a quien suponemos capitán, ganando dos y medio diarios, y de dos mil doscientos ochenta a la madre si es maestra de obra, todo lo cual hace un total de seis mil ochocientos cuarenta pesos, cantidad no despreciable, tratándose de familias pobres, para quienes principalmente se ha establecido la Nueva Filadelfia.*

Los que se distinguen por algún servicio notable hecho a la asociación, o por alguna aptitud particular que pueda aplicarse al beneficio común, tendrán un aumento proporcional en el capital de su inscripción, pero ninguno de los asociados puede pedir, excepto los casos extraordinarios, más de lo que necesite para la satisfacción de sus necesidades, sino desde la primera liquidación general que ha de hacerse en cada año, con objeto de saber cuáles han sido las ganancias totales y lo que corresponde a cada uno de los socios. De suerte que lo que se les señala diariamente como sueldo es lo que se les computa, que tendrá que anticipárseles en alimentos y gastos comunes; si algo se economiza en la mayordomía, como forzosamente ha de suceder, pues he calculado que bastará un real por persona para que tengamos todos una regular asistencia, el sobrante se aplica a la manutención de los niños menores de diez años y a gastos imprevistos, todo lo cual dará por último resultado que en los años en que Dios no nos mandare alguna calamidad que arruine nuestras sementeras, quedará un pequeño capital a cada familia proporcionado a la ganancia general, el cual se impondrá en la misma asociación y devengará un rédito, sirviendo así de reserva para un año de mala cosecha, cuya desgracia se procurará neutralizar constantemente por la siembra de varias semillas en épocas diversas y en terrenos diferentes, contando siempre con el auxilio y producto de la industria manufacturera,

que aunque tiene otra clase de contratiempos, nuestra asociación puede hacer frente a ellos con mayor ventaja que cualquiera otro establecimiento, por ser a la vez esta empresa agrícola y fabril y porque en todos sus ramos preside, dirige y vigila el interés de todos los asociados.

Te acordarás de que fray Evaristo nos dijo que en la sierra de El Tigre se paseaban éstos impunemente; yo me figuraba que sería cosa muy rara verlos, pero pronto me he convencido de lo contrario. Como necesitamos grandes vigas para el techo de nuestro templo, que es lo primero que vamos a cubrir, pregunté [en] días pasados, cuál sería el tiempo más oportuno para cortarlas. Me dijeron que en este de invierno, pero que era preciso remontarse mucho para encontrar los mejores palos, y que los hombres que fuesen a cortarlos y a conducirlos se prepararan para el caso de que encontrasen, como era posible, algún leopardo. Pedí a los conocidos de Atoyac armas de fuego, y me prestaron dos carabinas viejas, que entregué a los colonos que en número de ocho o diez fueron por la madera. Después de una semana volvieron los que habían marchado a la expedición trayendo tiradas por bueyes las vigas que habían labrado, y sobre la primera de ellas un animal horrible que habían muerto, a manera de tigre, como de dos varas de largo, de color leonado, oscuro sobre el lomo y blanco debajo del vientre, salpicada la piel con manchas negras como formando anillos. Era una pantera que tenía asolados estos contornos, y que estuvo a punto de causar a los colonos una gran desgracia, porque la primera carabina con que se le apuntó no dio fuego, al tiempo mismo en que afortunadamente el otro tirador que se atrevió a esperarla, le dio en el pecho. Los peones traían en sus frazadas los cachorrillos, porque herida gravemente la fiera huyó hasta su cueva, donde acabaron de matarla, cogiendo en seguida la cría. Yo hice recibir a los de la expedición, luego que supe el riesgo que habían corrido, con mucho agasajo, y mandé traer la música de Atoyac para que pasaran con ella en el pueblo la pantera muerta y los cachorros vivos. Escribí delante de los demás colonos en un libro que he titulado de Premios, los nombres de los que habían esperado al feroz animal a pie firme, los hice capitanes para el trabajo, aumentándoles un poco el capital de su inscripción y de esto ha resultado que muchos me pidan por favor ir a traer la madera que falta, a lo que no he accedido, esperando la llegada de unos buenos rifles que he encargado a Guadalajara, con los cuales nos ejercitaremos todos tirando al blanco, pues aseguran los hijos del país que en mayo y junio bajan lobos hasta el llano, pero te prometo que hemos de disminuir mucho las familias dañinas.

—Yo tampoco habría errado el tiro, dijo “El Otomí”, suspendiendo la lectura de la carta; tengo buena vista y brazo firme; pero mi mala suerte, o como dice fray Gil, el mal espíritu en lugar de cazador me ha hecho fiera!

Después de un rato de penosa divagación, en que pasaron con la velocidad del relámpago por la imaginación del bandido mil ideas que le hacían poner un gesto horroroso, continuó leyendo:

He fijado ya el reglamento a que deben sujetarse los trabajadores poniendo en orden los apuntes que me dejaste, pues aunque creo que le falta mucho para corresponder a los grandiosos objetos que comprende, se ha hecho absolutamente indispensable la observancia de algunas reglas, pues hay ya en la Nueva Filadelfia unos quinientos individuos, y aunque todos están animados de las mejores intenciones y muestran gran docilidad, esto mismo me ha estimulado a adelantar su enseñanza moral con la estricta observancia de lo que bien podemos llamar *ley del pueblo*, pues no tiene otro objeto que el bien procomunal.

En mi primera carta te expliqué de qué modo tu hermoso pensamiento de alejar en lo posible el fastidio del ánimo de los colonos, y procurar el desarrollo gradual de todas sus aptitudes, me había hecho dividir el tiempo y los trabajos: ésta es la primera parte del reglamento, tal como se halla detallado en dicha carta; la segunda parte está redactada en forma de principios generales, de cuyo espíritu van instruyéndose los asociados, a la vez que los ponen en práctica. Dice así:

*La Nueva Filadelfia se compone de familias cuyos individuos quieran trabajar, auxiliándose mutuamente en todas las necesidades de la vida, con un espíritu de verdadera caridad cristiana.*

*Dicho establecimiento, con todos los edificios de que se compone, con todos los seres vivientes que encierra, con todas las semillas y artefactos que produce, no es de alguno en particular, es de todos los asociados. Aquí no hay siervos ni señores, amos ni criados; cada individuo desempeña los oficios que se le encomiendan con humildad y presteza, y por esto unas veces sirve a los demás, y otras le sirven, sin que puedan redimirse por modo alguno de su obligación, sino en caso de impotencia, que otros calificarán con equidad.*

*Presiden la asociación el director, el consejo administrativo y la Junta de ancianos.*

*El director será elegido anualmente por mayoría absoluta de votos, que al efecto emitirán todos los padres de familia existentes en la Nueva Filadelfia, y podrá ser indefinidamente [sic] reelecto.*

*El director será casado, y residirá con su esposa en el establecimiento, con la obligación, si tiene hijos, de sujetarlos a la disciplina general, para dar ejemplo.*

*El consejo administrativo se compone del capellán, del maquinista y del médico de la asociación, y entenderá en todo lo relativo al régimen interior de ésta, en que el director o la Junta de ancianos quisieren consultarte.*

*La Junta de ancianos se compondrá de siete individuos, los más avanzados en edad, existentes en la Nueva Filadelfia, sin que esta dignidad los exima de desempeñar sus respectivas labores como miembros de la asociación, sujetos bajo este respecto a los reglamentos y al director, que es el primer encargado de hacerlos cumplir.*

*Cuando en la Junta de ancianos se ofrezca tratar algún asunto referente a cualquiera persona del sexo femenino, se asociarán matronas, prefiriendo en todo caso a las maestras de obras, y nada podrán determinar en contra de la opinión que éstas manifestaren, la cual se hará constar en el libro de Actas.*

*Para ser admitida en la asociación basta el acuerdo unánime del consejo administrativo, si no se opone el director.*

*Las faltas de éste se suplirán por el consejo administrativo, el cual asumirá las facultades que el reglamento concede al primero.*

*Para despedir a cualquier individuo de la asociación es necesaria la orden del director y el acuerdo por mayoría de la Junta de ancianos; si ésta se opone por cinco o más votos, la providencia se suspende, así como cualquiera otra dictada por el director; pero en tales casos puede éste convocar a todos los asociados, para que libremente decidan sobre el punto en cuestión. Siempre que la Junta de ancianos ni apruebe por mayoría, ni repruebe por cinco o más votos los negocios que son de su incumbencia, continuará en sesión permanente, sin que pueda separarse ninguno de sus individuos hasta obtener uno de los dos acuerdos expresados.*

*Se exceptúan de lo que antes se ha prevenido, las disposiciones que tomare el director para cumplir cualquier contrato que hubiese hecho en nombre de la asociación con alguno de fuera de ella, pues en todos estos negocios el director es la única persona que puede representarla, y sus promesas luego que tuvieren las formalidades necesarias, se cumplirán religiosamente por todos los asociados.*

*En el mismo caso de excepción se colocan las disposiciones que tomare en uso de la facultades que el reglamento le confiere, pues ofreciéndose en tales ocasiones alguna diferencia, lo que únicamente se discutirá es si tal facultad corresponde o no al director, y nunca si hace buen uso de su derecho.*

*El secretario de la Junta de ancianos será forzosamente un individuo del consejo de administración, designado libremente por aquéllos.*

*La autoridad del director se ejerce en cada grupo de trabajadores por medio de sus respectivos capitanes, y en cuanto a las mujeres, por las maestras de obra; éstas*

*y aquéllos serán nombrados anualmente por los mismos colonos en el número necesario para que corresponda a cada veinticinco hombres un capitán y por cada veinte mujeres una maestra.*

*En el tiempo de tal investidura éstas y los capitanes, entre varias preeminencias de menor cuantía, como la de montar los hombres a caballo en los días de fiesta y usar las armas de fuego que hubiere en la asociación para cazar, y las mujeres no fregar el suelo ni servir la mesa a las demás, tendrán un aumento en el capital de su inscripción proporcionado a la destreza de que den pruebas en las fábricas o en la agricultura, a juicio del director.*

*Cuando no fueren reelectas las maestras de obra o los capitanes, continuarán con el aumento de su inscripción, en el caso de que sigan trabajando con la misma eficacia y cumpliendo todos sus deberes.*

*En la Nueva Filadefia solamente se admitirán familias y no personas aisladas cuya procedencia se ignore; respecto de aquéllas no se hará otra indagación sino en lo relativo a su aptitud para el trabajo, a fin de distribuir convenientemente a los individuos de que se compongan. Los objetos que recibirá cada familia para su uso, cuyo importe se cargará en su cuenta, excepto la habitación, serán los siguientes:*

*Una vivienda compuesta de salita y recámara.*

*Un banco de cama de madera blanca.*

*Un sarafe para cada individuo de la familia.*

*Cuatro sábanas ídem.*

*Una mesa.*

*Seis sillas.*

*Un sombrero propio para el trabajo a cada uno de los trabajadores.*

*Dos camisas para cada hombre y dos para cada mujer; en la misma proporción la ropa interior necesaria.*

*Dos blusas y dos pares de pantalones para cada hombre, y dos vestidos para cada mujer.*

*Zapatos para trabajo, cada vez que sean necesarios.*

*Los capitanes y las maestras tienen obligación de avisar diariamente quiénes son los colonos que faltan al trabajo o que llegan tarde, y asimismo quiénes son los que mejor han cumplido, a fin de que se anote en el libro correspondiente y se tenga presente al hacer su liquidación a cada individuo.*

*En los días festivos la distribución será la siguiente:*

*De cuatro y media de la mañana hasta las cinco, pasarán los colonos con sus familias, como en los demás días, a orar en el templo.*

*Desde las cinco hasta la media, desayuno.*

*Desde las cinco y media hasta las nueve pasarán a sus habitaciones los colonos a completar su aseo y el de sus hijos para asistir en seguida a la misa.*

*A fin de que no falte ropa limpia a los colonos, estará exceptuada de otro trabajo en cada sábado una mujer de cada familia, que se ocupará en recocer, lavar y planchar una de las dos mudas de ropa que cada asociado recibirá en la Nueva Filadelfia.*

*Concluida la misa que se procurará sea en lo posible solemne, pasarán a la Rotunda con objeto de que se repartan los premios semanarios a que se haya hecho acreedor el grupo de trabajadores que más se hubiere distinguido, sea de hombres o mujeres.*

*Esta calificación la hará el consejo de administración, oyendo a los capitanes, para distribuir por lo menos tres premios entre los individuos del grupo que saque la ventaja.*

*Si en los grupos restantes hubiere algunos individuos que a juicio del director merezcan ser premiados, lo recibirán de manos del consejo, así como los individuos del grupo distinguido que serán designados por sus compañeros del mismo grupo.*

*Los premios consistirán en objetos de algún valor y de utilidad inmediata para el premiado como sombrero con galones, calzoneras de paño, camisas finas, rebozos de bolita o chales de seda, si la persona premiada es mujer, cortes de vestido, etcétera.*

*Concluida esta muy importante operación, quedarán en libertad los colonos para estar en su habitación o continuar en la Rotunda hasta las doce, en que se verificará la comida.*

*Por la tarde saldrán si quisieren a algún pueblo inmediato a la Nueva Filadelfia o a cazar por los montes cercanos, o en la misma casa, dentro o fuera de las habitaciones; se divertirán en lo que hallasen por conveniente, siendo honesto. De esta licencia general para salir quedarán exceptuados aquellos a quienes toque estar de celadores, los cuales nunca deben faltar aun en las horas en que están todos los colonos presentes.*

*Las correcciones que suelen imponerse a los colonos, únicamente por el director, son el mudarlos de un grupo a otro sin su consentimiento, no cambiarles el trabajo, dejándolos uno o muchos días en el campo o en las fábricas, repetirles las faenas pesadas o desagradables, privarles de salir los días de fiesta y arrojarlos de la asociación temporalmente, o para siempre, en cuyo último caso no tienen opción alguna a la participación de las ganancias del fin del año.*

*La caja del dinero se depositará en el templo, y tendrá dos llaves, una que se guardará por el consejo de administración, y otra en la Junta de ancianos, todos los cuales estarán presentes siempre que se haya de sacar alguna cantidad por orden del director y recibo del mayordomo, cuyo documento quedará en lugar del dinero, tomándose antes razón de su monto y del objeto de que se destina la cantidad en el libro de caja.*

*En este mismo se apuntarán las entradas de numerario, sin que el director lo reciba ni toque, bastándole el aviso que la Junta y el consejo deberán darle, de*

*haberlo ya depositado, en presencia del que hace el entero, si es de la asociación, o del mayordomo.*

*Fuera de los capitales que impongan los socios, pueden llevar a la Nueva Filadelfia cuanto tuvieren, sin incluirlo en su inscripción, empleándose en lo que les convenga, con la condición de dar aviso al director, a fin de que mande tomar noticia circunstanciada de tales bienes, y si fueren de los semovientes<sup>20</sup> convenga con el propietario la cantidad que ha de cargársele por su manutención.*

*A fin de que los socios no carezcan de algunos artículos menos necesarios para la vida, pero cuya adquisición y libre goce pueden desear, especialmente cuando tengan algunos ahorros, se pondrá una tienda bien surtida por cuenta de la asociación, con ropa, comestibles y objetos de mercería, sin que por esto se permita a ninguna familia llegar a poner cocina aparte, pues el objeto de esta disposición es proporcionar a los asociados cuanta libertad y goces individuales son compatibles con la asociación íntima, de manera que mientras a nadie le falte lo necesario pueden tener algunos, especialmente los más trabajadores y los que han traído al algún capital, la posible comodidad y gusto.*

*Podrá exceptuarse de las faenas del campo y de algunos servicios que el consejo administrativo detallará en cada caso particular, a las señoras que ingresen al establecimiento, inscribiéndose con un capital físico que no baje de mil ciento cuarenta pesos, que es el minimum de la inscripción ganando real y medio diario, quedando siempre obligadas a trabajar por mañana o por la tarde en las fábricas y a desempeñar los otros servicios que no se hayan exceptuado expresamente.*

*Siempre que el director juzgue conveniente modificar el reglamento, propondrá la reforma al consejo administrativo y a la Junta de ancianos; si fuere aceptada por la mayoría de aquél y la de éstos, se sujetará a la ratificación de todos los asociados, sin cuya conformidad se entiende desechada la innovación.*

Te hablaré ahora del progreso material que hemos alcanzado en la Nueva Filadelfia.

Se ha cubierto provisionalmente nuestro humilde templo, la escuela, y parte de la Rotunda, pues esperamos que asienten las paredes y que se concluya el acopio de madera de los edificios centrales.

He escrito a tu dependiente principal para que me mande la maquinaria, pues las piezas destinadas a las fábricas están casi concluidas.

Las habitaciones de los colonos van muy adelantadas, hay ya concluidas más de doscientas. Unos a otros se han convidado para hacer sus casas como ellos las llaman, y como por encanto se ha presentado en el llano una línea de azoteas blancas que majestuosamente van dando vuelta al derre-

<sup>20</sup> Bienes semovientes: que se mueven a sí mismos o por sí mismos.

dor de los edificios centrales, los que ya se distinguen desde lejos dominando la Vega.

Recordarás que pusimos este nombre a toda la planicie comprendida en la circunferencia en que están las casitas. Cuando saliste para California apenas había brotado el trigo que sembramos en la Vega: ahora que ha crecido, como media vara cubre enteramente la tierra con su color de esmeralda, interrumpido solamente por los cañitos que sirven para el riego, y que a lo lejos brillan como fajas de plata. A la orilla de estos cañitos hemos puesto, según tu consejo, millares de pequeñas parras que van prosperando admirablemente; también hemos apartado algunas melgas<sup>21</sup> para hortalizas que se han dado muy pronto, pues ya tomamos en nuestras comidas algunas de ellas, y si no me ciega el amor que siempre se tiene a lo que se produce, son de suprema calidad. ¡Vieras por la noche a los pobres inditos que tanto me recomendaste, tomar una abundante ensalada de lechugas, que recogemos de la Vega, y su sabroso trozo de ternera frita en manteca, sirviéndose del tenedor y del cuchillo; bendecirías a Dios como yo lo bendigo en lo íntimo de mi corazón, por habernos dado los medios de establecer la Nueva Filadelfia, el pueblo de hermanos!...

—¿Dónde? ¿Dónde está ese lugar en que el pobre ya no es humillado, en que el trabajo es distinguido y recompensado?, gritó “El Tigre” poniéndose en pie. ¡Iré, sí, iré inmediatamente con mi María, seré allí el último de los colonos, depositaré mis riquezas en manos de los directores, y moriré tranquilo, porque cuando yo le falte, a mi hija le quedarán mejores padres que el que ha tenido!

Las exclamaciones de “El Otomí” habían despertado a María, que llena de sobresalto por Fernando se había acostado vestida en su cama, y la hicieron acudir al oratorio, cuyas puertas abrió con ímpetu, temiendo que los gritos de su padre fuesen por alguna cuestión con el viajero, o por otra desgracia mayor. María al entrar se arrodilló abrazando a su padre, a quien le dijo:

—¡Padre! ¡Padre! por el recuerdo de mi madre, a quien tanto amaste, no lo hagas mal a este viajero... ¡porque yo moriría!

“El Otomí”, perplejo al oír la revelación que imprudentemente acababa de hacerle María, no pudo de pronto responder. Ésta se levantó y fue a ver a Fernando, lo movió con ímpetu y no advirtiéndole en él señales de vida:

<sup>21</sup> Faja de tierra que se marca para sembrar, amelga (DRAE).



—¡Muerto! ¡Muerto!, exclamó; ¡oh, Dios bueno no has querido oír la súplica que acababa de hacerte, que me concedieras vivir para siempre a su lado! y cayó desmayada.

“El Tigre”, confundido, acudió a levantar a su hija y la tomó en sus brazos, prodigándola los socorros de que en aquel momento podía disponer, llamándola con los más dulces nombres a la vida, y cuando observó que volvía en su acuerdo la llevó a su cama encargándosela a Antonia, que había acudido a la novedad. El ataque fue de poca duración, y algo tranquilizado “El Otomí” se dijo a media voz: ¡Lo cree muerto! mejor; ¡ya no lo volverá a ver! y salió apresuradamente a despertar a sus compañeros.

—¡Arriba muchachos! ¡Gachupín! ¡Coyote!

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? viene la tropa, respondió uno de ellos, medio dormido.

—¡Tú, Juan, trae los caballos; Gachupín, sígueme!

Entraron al oratorio y sacaron el cuerpo al parecer inanimado de Fernando.

—¡Juan! tú que montas mejor a caballo, lleva a este hombre en la silla, y entre los dos lo meterán hasta lo más hondo de la cueva: cuidado con una caída, porque la entrada es muy escarpada.

—¿Y después?, dijo “El Gachupín”.

—Se vienen tú y “El Coyote” como si nada hubiera pasado.

—¿Pero qué está muerto este hombre?

—No.

—¡Entonces se va a morir de hambre!

—Sí.

—Pero...

—¡Gachupín!, gritó con voz de trueno el jefe de los bandidos y éstos tomaron inmediatamente el camino de la célebre Gruta de Cacahuamilpa.

Al verlos que se alejaban alumbrados por la luz de la luna se dijo para sí “El Tigre”, con cierta aparente satisfacción, pretendiendo adormecer el penoso remordimiento que experimentaba, estas irónicas palabras:

—¡Quería el señor Henkel conocer la gruta y se le ha dado gusto...! ¡Sólo que sabrá por experiencia propia... que tiene algún riesgo sorprender la candidez de la hija de “El Tigre”...! Dos o tres leguas de camino subterráneo, absolutamente oscuro, con barrancas profundas y cavernas inmensas, son suficientes para distraer la hambre que sentirá cuando despierte de su letargo... probablemente olvidará a María...